

Omraam Mikhaël Aïvanhov

Hacia una civilización solar

3ª edición

Colección Izvor

201

EDICIONES PROSVETA

El lector comprenderá mejor ciertos aspectos de los textos del Maestro Omraam Mikhaël Aïvanhov presentados en este volumen, si tiene en cuenta que se trata de una enseñanza estrictamente oral.

I.- EL SOL, INICIADOR DE LA CIVILIZACIÓN	3
II.- SURYA-YOGA	7
III.- LA BÚSQUEDA DEL CENTRO	15
IV.- EL SOL QUE NOS NUTRE	20
V.- EL PLEXO SOLAR.....	24
VI.- EL HOMBRE A IMAGEN DEL SOL	26
VII.- LOS ESPÍRITUS DE LAS SIETE LUCES	31
VIII.- EL MODELO SOLAR.....	35
IX.- LA VERDADERA RELIGIÓN SOLAR	40

I.- EL SOL, INICIADOR DE LA CIVILIZACIÓN

Cuando amanece, el sol esparce su luz, su calor y su vida, y esta luz, este calor y esta vida empujan a los hombres a levantarse para ir al trabajo. Unos van al despacho, a la fábrica o al campo, otros abren sus tiendas. Los niños van a la escuela. Las calles se llenan de ruido, de gente y de coches que circulan... Por la noche, al crepúsculo, se cierran las tiendas, los despachos y volvemos a casa, y después... ¡a la cama! El sol marca el ritmo de la vida de los seres y también es el iniciador de la cultura y de la civilización.

Algunas veces nos preguntamos quién fue el primero que enseñó a los hombres la escritura, la agricultura, el uso del fuego o de algunos instrumentos, y citamos a talo cual, pero en realidad, en el origen de todos estos descubrimientos, está el sol. Diréis que no es posible, que el sol no es inteligente, que no tiene cerebro para pensar ni boca para hablar. Así pues, según vosotros, sólo los hombres ignorantes son inteligentes y aquél gracias al cual toda vida es posible en la tierra ¡no es inteligente!... Sin embargo, el sol es el primero que trajo la ciencia al hombre. ¿Cómo? Es muy fácil de comprender. Podemos ver los objetos, las formas, los relieves, los colores, las distancias, porque el sol nos da la luz. Gracias a esta luz podemos orientar nos, observar, comparar, calcular. Sin la luz ninguna ciencia es posible. ¿Qué podemos conocer en la oscuridad? Nada.

Y si pregunto quién trajo la religión, algunos que se creen grandes filósofos, me responderán que el miedo, el miedo de los humanos ante las fuerzas de la naturaleza. No, este es un punto de vista muy limitado. Es el sol quien ha creado la religión: dando su calor a los humanos, introduce en ellos una necesidad de dilatarse, de amar, de adorar. En el frío, no puede haber amor. Pero si sois cálido con alguien, se alegra, se siente bien y empieza a amar. Así apareció la religión: gracias al calor. Esta religión, al principio, puede no ser más que el amor por un hombre, una mujer o un animal: un perro, un gato, un canario... Importa poco, es un comienzo. Un día este amor se elevará hasta el Maestro del universo, hasta el Señor.

El sol es también el iniciador del arte, porque él trae la vida. Desde que un ser tiene vida quiere moverse, actuar, expresarse; de ahí nace la danza, el canto, la pintura, la escultura. El arte empieza con la vida. Mirad los niños: se mueven, gritan, garrapatean... Sus gritos son el comienzo de la música, sus garabatos son el comienzo de la pintura, su barro es el comienzo de la escultura, sus casitas son el comienzo de la arquitectura, y todos sus movimientos son el comienzo de la danza. Sí, el arte empieza con la vida y la vida viene del sol.

¿Cómo podría crear un artista si el mundo estuviera sumergido en la oscuridad? ¿De dónde tomaría sus modelos? ¿Quién le daría la idea de movimiento, de las formas y de los colores? Les digo a algunos pintores: «Pintáis cuadros, pero ¿quién os ha dado los colores? ¿los habéis fabricado vosotros? No. Es el sol quien os ha dado los colores a través de los minerales y los vegetales de donde proceden, ¿pensáis en esto? Los pintores nunca le agradecen al sol que les suministre los colores, y es muy raro que lo plasmen en sus cuadros. El sol es el iniciador de la ciencia, de la religión y del arte porque aporta la luz, el calor y la vida. Y sin embargo es lo último que los humanos aman y respetan. Yo soy el abogado del sol, ¡pido la rehabilitación del sol! estoy indignado al ver cómo se le trata: ¡se levantan monumentos a impostores y nunca al sol! Y sin embargo él es la causa primera, el origen de todas las cosas. La tierra y los otros planetas han salido de él, es él quien los ha engendrado. Por eso la tierra contiene los mismos elementos que el sol, pero en estado sólido, condensado. Los minerales, los metales, las piedras preciosas, las plantas, los gases, los cuerpos sutiles o densos que se encuentran en el sol, en el agua, en el aire y en el plano etérico, provienen del sol. Los humanos, por ejemplo, aprecian tanto el oro, que para poseerlo son capaces de cometer crímenes... El oro es una formación del sol. Pues de la misma forma que en la tierra existen fábricas donde se elaboran toda clase de

productos y de objetos, también bajo la tierra hay fábricas donde trabajan millones de entidades que han condensado la luz solar, que fabrican oro.

Diréis: «¿Pero cómo puede ser el oro una condensación de la luz solar?» Para que esté más claro, consideremos el caso del árbol. Los árboles, sobre todo algunos como los pinos, los abetos, los robles y los nogales, aparecen como una materia extremadamente compacta y dura, y con ellos se pueden construir casas, barcos, etc... El árbol nace de la tierra y se le considera como una formación de la tierra. Bien, esto es un error: el árbol está hecho de la luz del sol. Tomad un árbol, el más grande que encontréis y quemadlo: se producen llamas, una cantidad formidable de llamas, gases en menor cantidad y muy poco vapor de agua; en el suelo sólo queda un montoncito de cenizas: la tierra que contenía.

El árbol está hecho de tierra, de agua, de aire y de fuego, pero lo que contiene en mayor cantidad es fuego, rayos de sol. Un árbol no es pues tierra, sino luz solar condensada. Por otra parte, si vais a algunos bosques como los que he visto en la India, en Ceilán, en los Estados Unidos, en Canadá o en Suecia, podréis constatar que estos árboles, que representan millares y millares de toneladas, no han hecho bajar el nivel del suelo; si los elementos que los constituyen hubieran salido de la tierra, el suelo debería haberse hundido varias decenas o centenas de metros. Esta es una prueba más de que el árbol es una condensación de la luz solar. Y si los árboles logran captar y materializar así los rayos del sol, ¿por qué algunas entidades que trabajan bajo la tierra no podrían hacer lo mismo para fabricar el oro?... Sí, hay de qué reflexionar.

Un día conocí a alguien cuya mayor pasión era buscar oro. Se había comprado toda clase de libros sobre tesoros, así como sobre las prácticas mágicas que permiten descubrirlos. Durante un cierto tiempo le dejé hacer sin decir nada (evidentemente no encontraba nada), pero un día le pregunté: «¿Por qué galanteas a la camarera en lugar de intentar conquistar la amistad de la dueña?» Se indignó: «¿Yo? Pero si estoy casado, ¡no galanteo a nadie! - Ya sé que estás casado y que eres un marido fiel, pero sin embargo veo que tratas de seducir a la camarera.»

No entendía lo que quería decirle, entonces le expliqué: «Buscas el oro, pero el oro no es más que la camarera. La dueña es la luz del sol, cuya condensación en las entrañas de la tierra ha producido el oro. Y cuando la dueña ve que en lugar de intentar obtener sus favores, sus miradas, sus sonrisas, persigues a su camarera, se siente ofendida y te cierra la puerta. En adelante dirígete directamente a la dueña, a la luz del sol, intenta amarla, comprenderla, atraerte su favor y un día u otro, el oro vendrá. ¿Por qué no dirigirte a lo más alto? Si eres el amigo del rey, todos sus súbditos te considerarán, pero si sólo has conquistado la amistad del conserje, te quedarás con el conserje y los demás no te conocerán». Estaba estupefacto: «He comprendido», dijo. Pero no lo creo, ¡continuó persiguiendo a la camarera!

No solamente el oro es una condensación de la luz solar, sino que también lo son el carbón, el petróleo, la madera y todos los materiales que se emplean para hacer toda clase de objetos. Todo lo que fabrican las industrias, e incluso los vestidos que llevamos, los produce el sol. Toda la economía está basada en los productos del sol, pero sin embargo al sol lo olvidamos. Desatendemos al creador para correr hacia las cortezas, las monedas y las escorias de sus creaciones. Hay pues algo erróneo en la comprensión de los humanos y éste es el origen de sus mayores desgracias, pues cuando se abandona lo esencial por lo secundario, el centro por la periferia, por mucho que nos devanemos los sesos, sólo encontramos desdichas. Hay que volver a dar el primer lugar a aquél que es la causa de todo: el sol. La situación se enmendará primero en nuestra cabeza, después en la sociedad y todo irá mucho mejor. Diréis: «Pero ¿cómo puede tener semejantes consecuencias la forma de considerar el sol? No es más que un detalle». Sí, parece que no es más que un detalle, pero con el tiempo, esta inversión de valores acaba por desencadenar consecuencias extremadamente graves y complicadas en todos los ámbitos de la

vida.

Es suficiente reflexionar un poco para comprender que el sol está en el origen de todo lo que existe sobre la tierra. Pedidle que os explique cómo ha meditado y trabajado para hacer vivir a los humanos, cómo les ha preparado las condiciones favorables de atmósfera y de temperatura... cómo ha dosificado la luz y el calor para que la vida aparezca. Al principio fueron los vegetales, después los peces, los pájaros, los mamíferos y por fin el hombre. Fue el sol quien lo preparó todo para que naciera una cultura y una civilización. El sol promovió el primer crecimiento y su expansión. Es él quien repartió la miseria o la riqueza, el hambre o la abundancia.

Cuando llegué a Francia en 1937, dije que en el futuro la humanidad no utilizaría ni madera, ni carbón, ni petróleo para producir energía, sino solamente los rayos del sol. Evidentemente en esta época no se me creía, pero ahora se empieza a darme la razón, pues cada vez nos damos más cuenta de que las fuentes de energía que se utilizan actualmente dentro de poco estarán agotadas, y nos veremos obligados a utilizar energías de naturaleza más sutil, que son inagotables. En el futuro nos alumbraremos, nos calentaremos y viajaremos con energía solar... E incluso nos alimentaremos con la luz del sol.

Sin la vida del sol los hombres no hubieran podido existir, actuar, ni trabajar nunca. Sin su calor no hubieran podido experimentar sensaciones, sin su luz no hubieran podido ver y no solamente ver, sino comprender, pues la comprensión no es otra cosa que una visión superior en el campo intelectual. En lo que respecta a su calor, suscita todo lo que es del dominio del corazón: los contactos, los intercambios, el amor, la amistad. Está en el origen del matrimonio, de la familia, de la sociedad y de todas las formas de colectividad. Si sois fríos, la gente no os ama, se aleja, pero si sois cálidos, la gente viene a calentarse a vuestro lado y os agradecen este calor. El calor es lo que acerca a los seres, lo que les da la capacidad de sentir, de emocionarse, de maravillarse, de rezar... El calor del sol está pues en el origen de la moral y de la religión.

Seguro que si decís esto a los cristianos, se indignarán, pues no comprenden la importancia del sol: para ellos lo esencial es la misa. Yo les pregunto: «Si el sol no existiera, ¿cómo se diría misa? En la obscuridad y en el frío, ¿quién podría decir misa? ¿dónde encontraríamos el pan y el vino de la comunión?» No quiero desvalorizar la misa, e incluso os diré con franqueza que conozco de este asunto muchas más cosas que la mayoría de los sacerdotes. Han aprendido a decir misa, pero no conocen su sentido profundo y mágico. Yo lo conozco, y por ello siento por la misa un respeto mucho mayor que los propios cristianos. Sin embargo, les pregunto: «Sin el sol, ¿quién diría misa?... Y, ¿quién asistiría a esta misa?» Ved como no reflexionan.

Y si ahora os digo que es la luz del sol la que trabajando en nuestro cuerpo físico nos ha formado los ojos, tampoco me creeréis. Sin embargo, es la verdad, es el sol quien ha creado nuestros ojos. ¿Para qué? Para que le veamos... Y con su calor, ha trabajado en nuestro cuerpo para crear los órganos de la sensación: el corazón, la boca y sobre todo la piel, el tacto. Hizo que la sensibilidad a la luz se limitase a los ojos, mientras que el calor podría ser sentido en toda la superficie del cuerpo. Ved la diferencia... Es interesante, ¿verdad?

El sol lo dirige todo en el universo; es como un director de orquesta, como un rey en su trono. Cuando toma una decisión, sólo hace una señal y todos los espíritus que ha enviado aquí, a la tierra, o a los otros planetas, se dan prisa en ejecutar sus órdenes: modifican algo en la atmósfera, en las corrientes electromagnéticas, y en consecuencia se producen toda clase de variaciones en los reinos vegetal, animal y humano, en los ámbitos biológico, psicológico, económico y social. Todo lo que ocurre en la tierra lo ordena el sol; las erupciones o las manchas solares no son otra cosa que señales que da a un conjunto de inteligencias jerárquicas, encargadas de ejecutar sus órdenes.

Un día, la ciencia aceptará mis ideas, es imposible que no las acepte. Por eso digo a los sabios: «Abandonad todo lo que estudiáis en los laboratorios y ocupaos del sol. Todo está ahí, en el sol: la salud, la riqueza y la dicha de la humanidad.» Me diréis que algunos astrónomos y físicos estudian el sol... Sí, lo sé, estoy al corriente de las investigaciones que hacen los sabios en todos los países y en particular en los Estados Unidos y en la U.R.S.S. Pero cuando reprocho a la ciencia que no se ocupa del sol, quiero decir que todavía no ha estudiado verdaderamente lo que es la luz solar y sobre todo cómo el hombre puede trabajar con ella, hacerla penetrar dentro de sí para purificarse, reforzarse, regenerarse. Los rayos del sol, que penetran las profundidades de los océanos (lo que permite a algunos peces especialmente equipados para captarlos, difundir luz), pueden también penetrar en nosotros y si sabemos como recibirlos, pueden poner en marcha algunos centros, alumbrar algunas lámparas que existen en nosotros desde la eternidad. Para mí, los rayos del sol son como pequeños vagones llenos de vituallas, es decir de elementos y de energías de donde el hombre puede tomar a voluntad, para su expansión física y psíquica. Todo lo que el hombre necesita está contenido en la luz del sol. Este es un campo inmenso que es necesario explorar...

II.- SURYA-YOGA

I

Actualmente se habla mucho de yoga. Ya os dije algunas palabras presentándoos las diferentes clases de yoga que existen y que vienen sobre todo de la India y del Tíbet, pero también de la China y del Japón... Pues todas las religiones tienen su yoga, incluso el cristianismo. Sí, los cristianos han practicado siempre la adoración, la oración, la veneración, el amor para con el Creador; éste es el aspecto predominante de la religión cristiana. En la India se le llama *Bhakti-yoga*, el yoga de la devoción, de la adoración, del amor espiritual. Este yoga conviene a algunos temperamentos, pero no a otros que tienen cualidades y dones diferentes, y a los que hay que dar posibilidades de manifestación distintas. Numerosos son los caminos que llevan hacia el Creador. Los cristianos se han limitado a una sola vía, que por otra parte es maravillosa, no hay que criticarla, pero los hindús son más ricos, han dado más métodos.

Para los que están más predispuestos al estudio, a la reflexión, a trabajar con el pensamiento, conviene el *Jnana-yoga*, el yoga del conocimiento, con el fin de que puedan alcanzar al Señor a través de la profundidad del pensamiento.

Algunos no se sienten empujados ni hacia la filosofía ni hacia la mística, sino que tienen una voluntad poderosa, energías que gastar y una gran abnegación; quieren trabajar y servir a los demás. Para ellos está hecho el *Karma-yoga*, es decir el yoga de las obras, de los deberes que cumplir sin esperar ni pago ni recompensa. El Karma-yoga es el yoga de la acción gratuita y desinteresada.

Para los que quieren dominarse, controlar sus instintos y sus impulsos, existe el *Raja-yoga*: por la concentración y el dominio de sí, también ellos llegan a alcanzar al Eterno, a fundirse con El, se convierten en los «reyes» (es el sentido de la palabra «raja») de su propio reino.

El *Kriya-yoga* es el yoga de la luz: pensar en la luz, conocerla, comprenderla, rodearse de colores, introducirlos dentro de sí y proyectarlos alrededor de sí mismo. Es un trabajo magnífico.

El *Hatha-yoga* es lo adecuado para los que gustan de hacer ejercicios físicos, hacer toda clase de posturas, de «*asanas*» como se las llama: doblarse, torcerse, hacerse una bola, hacer pasar las piernas detrás de la cabeza, etc... Estos ejercicios, que evidentemente están basados en el conocimiento preciso de los centros que ponemos en marcha haciendo talo cual postura, exigen mucha voluntad o perseverancia. El Hatha-yoga es el yoga más propagado en Occidente, pero los pobres Occidentales no tienen el temperamento ni la constitución de los Orientales, ni las condiciones de calma y de silencio para practicarlo, y muchos terminan por trastornarse física y psíquicamente. ¡Cuánta gente he encontrado que me ha confesado haber abandonado el Hatha-yoga porque notaban que les desequilibraba! Hay que ser muy prudente; nunca he aconsejado a los Occidentales que practiquen este yoga.

El *Agni-yoga* es el yoga del fuego: pensar en el fuego, trabajar con el fuego, despertar el fuego. Ya que el fuego está en el origen de la creación, el Agni-yoga es también un camino que lleva hacia el Creador.

El *Chabda-yoga*, el yoga del Verbo, consiste en pronunciar ciertas fórmulas - o mantras - en tal momento, tal número de veces y con tal intensidad... El verbo es un poder, y el que sabe actuar con este poder, obtiene grandes resultados.

Ahora, quisiera hablaros de un yoga que supera a todos los demás: el yoga del sol. En el pasado era practicado por numerosos pueblos, pero en nuestro tiempo se le ha abandonado, sobre todo en Occidente. Como en sánscrito el sol se dice «*surya*», le he dado el nombre de «*Surya-yoga*». Es

mi yoga preferido pues reúne y resume a todos los demás yogas.* Sí, ¿por qué no reunir todos los yogas en uno sólo?..

El discípulo de la Fraternidad Blanca Universal no puede ser un individuo estrecho, limitado, debe desarrollarse en todos los terrenos. Debe actuar con un desinterés absoluto: es el Karma-yoga. Debe buscar a Dios, amarle, y adorarle: es el Bhakti-yoga. Debe meditar, concentrarse para llegar a dominarse, a gobernar todo el pueblo de sus células: es el Raja-yoga. Cuando alguien se sienta y medita ejecutando los movimientos de nuestra gimnasia o paneurritmia, se trata, si se quiere, de Hatha-yoga. Si se proyectan luz y colores, rodeándonos de un aura luminosa, se trata de Kriya-yoga. Cuando alguien hace posible que en él se quemen todas sus impurezas, concentrándose en el fuego, se trata de Agni-yoga. Si se vigila sin cesar para ser dueño del propio verbo, es decir, para no pronunciar palabras negativas que puedan introducir la duda o el desaliento en los demás, y nos esforzamos en llegar a ser creadores de la nueva vida, se trata de Chabda-yoga. Si nos concentramos en el sol, lo amamos, lo buscamos, lo consideramos como una puerta abierta al Cielo, como la manifestación de Cristo, como el representante de Dios, se trata de Surya-yoga. El discípulo que lo practica no rechaza ninguno de los otros yogas, al contrario, y así llega a convertirse en un ser completo, vive en la plenitud.

Os muestro el nuevo modelo de humanidad que se crea en la Fraternidad Blanca Universal: seres cuyo ideal es desarrollar todas las cualidades y virtudes. Pues en el Surya-yoga están comprendidos la adoración, la sabiduría, el poder, la pureza, la actividad, la abnegación, la luz, el fuego sagrado del amor divino. Por esto es importante que sepáis todas las bendiciones que recibís yendo por las mañanas a contemplar la salida del sol.

Practicando Surya-yoga, os unís al poder que dirige y anima todos los planetas del sistema solar, al sol, y entonces obtenéis necesariamente resultados. Por esto puedo deciros que todos estos yogas, que estaban considerados en el pasado como muy positivos y que todavía lo son, cederán su lugar al Surya-yoga que los supera a todos porque a través del sol se trabaja con el mismo Dios. Aún os puedo decir que lo que nadie ha podido enseñarme, el sol me lo ha revelado, pues ningún libro puede daros lo que el sol os dará si aprendéis a relacionaros correctamente con él.

Por ahora todavía no habéis llegado a entrar en contacto con el sol; está ahí, pero no tenéis ninguna relación con él. Os contentáis con mirarlo, con constatar si está más brillante o más velado que la víspera, pero no es ésta la forma de entrar en relación con el sol. Para uniros con él, debéis aprender a mirarlo conscientemente: entonces entre él y vosotros empezarán a circular ondas que crearán formas, colores, un mundo nuevo; atraeréis fuerzas, criaturas inteligentes que vendrán a bailar, a bañarse en esta belleza, en esta diálogo, en esta conversación que se entabla entre el sol y vosotros...

Por supuesto, esto no es fácil de conseguir. Para recibir todas las bendiciones del sol, hay que prepararse. ¿Y qué significa «prepararse»? Bien, supongamos que decidís asistir a la salida del sol, pero la víspera o la antevíspera, habéis vivido entre pasiones, riñas, etc. Entonces, evidentemente, no estáis preparados: al amanecer estaréis inmersos en el recuerdo de todos esos estados caóticos que habéis vivido, y a pesar de que esté el sol ahí, y vosotros delante de él, no lo

* Para fijar inmediatamente las ideas se puede decir que el Surya-yoga es un conjunto de ejercicios espirituales que se pueden practicar asistiendo por la mañana a la salida del sol. El período favorable para la práctica de estos ejercicios está comprendido entre el comienzo de la primavera y el final del verano.

sentiréis.

Así pues debéis prepararos la víspera: no comer demasiado, no acostaros demasiado tarde, no hacer nada que os pueda preocupar o atormentar al día siguiente, sino arreglarlo todo de forma que seáis libres, que mantengáis el pensamiento limpio y el corazón en paz, sin que tengáis nada que arreglar, nada que lamentar o que reparar. Es muy importante. Así, en esta paz, empezáis lentamente, con suavidad a meditar, sin concentraros en seguida en el sol. Para comenzar echáis un vistazo en vuestro fuero interno para ver en qué estado están vuestros «habitantes» y si hay ruido, agitación, intentad apaciguarlos y equilibrarlo todo, pues sólo después de haberos retirado, después de haber instalado la armonía y la paz en vosotros mismos, podréis proyectaros hacia el sol, imaginario como un mundo maravilloso, poblado por las criaturas más perfectas, seres luminosos que viven en la inteligencia sublime, en el amor absoluto, en la pureza absoluta, y pensar que ahí arriba reinan un orden, una cultura, una civilización que rebasan toda imaginación...

Y por otra parte, ¿qué ocurriría si os dijera que sin daros cuenta estáis ya en el sol? No lo sentís, pero hay una pequeña parte de vosotros, un elemento muy, muy sutil, que vive en el sol. La ciencia no ha llegado todavía a estudiar realmente al hombre, no sabe todo lo que él representa de inmenso, de rico, de vasto y de profundo. Lo que se ve de él, su cuerpo físico, no es él. El hombre posee otros cuerpos (astral, mental, causal, búdico y átmico) que están hechos de una materia cada vez más sutil.

Esto sirve también para la tierra. La tierra no es solamente lo que se ve de ella; a su alrededor existe una atmósfera que se eleva hasta varias decenas de kilómetros y que la ciencia ha dividido en diferentes capas con distintos nombres. Pero lo que la ciencia no sabe, es que en estas capas se encuentra una infinidad de elementos, de entidades, y que más allá de la atmósfera, la tierra posee un cuerpo etérico que va hasta el sol, que toca el sol. Así pues, el cuerpo etérico de la tierra se fusiona con el cuerpo etérico del sol; pues el sol, también posee un cuerpo etérico que se extiende más allá de su propia esfera, hasta la tierra e incluso más lejos, hasta los otros planetas. Por eso el sol y la tierra se tocan, están fusionados.

Y puesto que el hombre está hecho a imagen del universo, posee también un cuerpo sutil que va a reunirse con el sol... Es así como considerado en su lado superior, divino, el hombre vive ya en el sol; pero no se da cuenta, porque su conciencia está limitada al mundo físico.

Lo que os digo os parece increíble, sin embargo estas son verdades por conocer y por profundizar. Cuando se empieza a estudiar en la Escuela divina de la Fraternidad Blanca Universal, nos desplazamos progresivamente de esta región limitada de la conciencia sensorial del mundo físico, hacia una región superior que es la de la superconciencia. Esta región de la superconciencia es inmensa, tiene millares de grados que hay que recorrer hasta sentir que se es ya un habitante del sol, que se está ya en el sol.

Esta parte de nosotros mismos, esta entidad que habita en el sol, es nuestro Yo superior. Nuestro Yo superior no habita en nuestro cuerpo físico, porque de ser así realizaría prodigios en él. De vez en cuando viene para contactar con nuestro cerebro, pero como el cerebro no está todavía preparado para moverse al unísono con él ni tampoco para soportar sus vibraciones, el Yo superior no puede manifestarse. El Yo superior trabaja en el cerebro, lo prepara, y el día que el cerebro sea capaz de cobijado, el Yo superior se instalará en el hombre.

Nuestro Yo superior no es otra cosa que Dios mismo, una parte de Dios; por eso, en la regiones superiores somos el mismo Dios, porque fuera de Dios no hay nada. Dios se manifiesta a través de la creación y las criaturas, y en consecuencia somos una parcela de Él, no existimos separadamente de Él. La verdadera ilusión consiste en creemos separados. Cuando los sabios hablan de maya, la ilusión, no es del mundo material de lo que hablan; el mundo no es maya,

nuestro yo inferior sí es maya porque nos produce la ilusión de existir como seres separados de la Divinidad. El mundo es una realidad, y la materia también; la ilusión, os lo repito, proviene de nuestro yo inferior que nos empuja siempre a considerarnos como seres separados.

Mientras nos encontremos demasiado abajo, al nivel de nuestro yo inferior, nos equivocamos, estamos inmersos en la ilusión, no podemos sentir esta vida única, esta vida universal, este Ser cósmico que está en todas partes; nuestro yo inferior nos impide sentirlo y comprenderlo. Por eso el trabajo solar que hacemos por la mañana a través de las meditaciones y las oraciones, tiene como objeto restablecer el lazo, construir un puente entre el yo inferior y el Yo superior que está en el sol.

Mientras estéis influidos por la filosofía mecanicista y penséis que el sol no puede ni hablaros ni ayudaros os cerráis el camino de la evolución. Hay que comprender que todo está vivo, que se manifiesta una inteligencia a través de todo lo que vemos, que el sol es una inteligencia, una vida, una luz viva... Y que, de pronto, empieza a hablaros. El me ha revelado ya muchas cosas, le considero exactamente tal como es, es decir como un espíritu formidablemente elevado, bello, grande, poderoso, inteligente... hasta tal punto que todo palidece a su lado. Intentad hacerle preguntas y veréis cómo os contesta. Quizá no seáis capaces de descifrar inmediatamente su respuesta, pero tarde o temprano se presentará en vuestra pantalla, en vuestro cerebro. El sol envía las respuestas instantáneamente como las máquinas electrónicas. Es el hombre quien tiene que desarrollarse lo suficiente para captarlas en seguida.

II

Como sabéis, hace varias decenas de años la ciencia descubrió la existencia de ondas que recorren el espacio. Este descubrimiento fue el origen de la radio, de la televisión, del teléfono, del radar, etc... Todo el problema consistía en llegar a construir aparatos capaces de captar las ondas o de emitir las.

Pero ¿por qué dejar a la ciencia o a la técnica que exploten solas este descubrimiento? El espacio no es recorrido solamente por ondas que nos permiten telefonar o seguir un programa de radio o de televisión... Otras ondas, más sutiles aún, lo atraviesan; y debemos aprender también a captarlas, podemos hacerlo. El Señor ha puesto en el hombre aparatos que le permiten recibir las ondas que envían el sol, las estrellas y todos los seres evolucionados que habitan el espacio. Pero en lugar de recibir estos mensajes, en lugar de captar estas corrientes y de extraer todo lo necesario para mejorar su salud o su comprensión de las cosas, los humanos tienen la cabeza en otra parte, se sitúan en otras «estancias», las estancias del Infierno, donde no oyen más que ruidos de riñas, de altercados. Hay pues que aprender a cambiar de estancia; es lo que podéis hacer a la salida el sol.

Todas las mañanas cuando venís a la Roca, pensad que podéis captar esas ondas que el sol os envía. En lugar de rumiar siempre vuestros rencores y vuestros problemas pendientes, pensad en posaros en las estancias celestes, de otro modo siempre seréis unos pobres desgraciados que no sacan ningún provecho en ir a contemplar el sol al amanecer.

Por otra parte, sé que algunos se preguntan: «¿Por qué ir por la mañana a la Roca*? No me aporta nada» En realidad todo depende de la forma en que hagan la pregunta. Si se dijera honestamente: «Sólo tengo en la vida problemas y dificultades, me siento oprimido...» y fueran por la mañana ante el sol a exponer todos estos problemas para encontrar una solución, quizá llegarían a resolverlos. Sí, por las mañanas, al amanecer, inclinados sobre todas vuestras dificultades y el sol, que os ve, dirá: «Ahí está el pobre desgraciado, iluminémosle, ayudémosle». ¿Cómo puede el sol ayudaros? Con sus ondas luminosas.

Nadie tiene derecho a pronunciarse sobre un asunto hasta que su conciencia no se haya despertado, pues en esas condiciones no puede hacer otra cosa que equivocarse. Por eso os he dicho miles de veces que para asistir a la salida del sol, os debéis preparar desde la víspera, dormiros con los mejores pensamientos y con los mejores sentimientos. Así, durante la noche, preparáis el terreno y al día siguiente os presentáis delante del sol, despiertos, bien dispuestos, pensando: «El cielo habla, los Ángeles hablan, nos envían mensajes. Señor Dios, gracias. Hoy puedo adquirir un poco más de salud, un poco más de sabiduría, un poco más de amor.» Si pudierais captar algunas ondas, oiríais todas las entidades celestes que os hablan de vuestro porvenir, de las riquezas que poseéis, de cómo será vuestra vida cuando despierte vuestra conciencia. Sí, el Cielo os habla, os canta... ¿Cómo podéis decir después que no ocurrió nada?

El sol debe ser el primero al que por la mañana dirijamos nuestra mirada, pues de esta forma nos influirá benéficamente todo el día. Son cosas a las que no se les da casi ninguna importancia, y nos equivocamos. Si cuando salís de vuestra casa por la mañana os encontráis a tal o cual persona, esto tiene un significado, pues algunas personas os traen la dicha y el éxito mientras que otras la desgracia y el fracaso.

* ... En el Bonfin, lugar de los congresos de primavera y verano, prominencia rocosa sobre la que la Fraternidad se reúne para contemplar la salida del sol.

Cuando me encontraba todavía en Bulgaria evidentemente esto ocurría antes de la última guerra - existía una costumbre muy bonita, muy conmovedora: en la mañana del Año Nuevo, se enviaba a los niños para desear un buen año a los vecinos, porque los niños son puros y pensamos que no pueden llevar más que cosas buenas. Cada niño llevaba una ramita de árbol a la que algunas veces se colgaban cintas; con esta rama debía tocar a las personas pronunciando buenos deseos para la salud, el éxito, las cosechas... se les agradecía, les daban frutos, bombones, bizcochos; por eso los niños llevaban un saco casi tan grande como ellos, para poder meterlo todo dentro.

Yo también, cuando era pequeño, iba a felicitar el año nuevo a la vecindad con mi ramita. No sé por qué la gente pensaba que podía llevarles bendiciones, pero había muchas familias que le pedían a mi madre que me enviara muy pronto, por la mañana, antes que los demás. Entonces me despertaba, me vestía... y era un sufrimiento para mí, porque tenía sueño y debía salir fuera donde hacía frío y donde había nieve - ¡los inviernos en las montañas de Macedonia no son como los inviernos en la Costa Azul! Pero de todas formas lo hacía, y medio dormido entraba en las casas para tocar a toda la familia con la ramita, y mascullaba las palabras que me habían enseñado y que sabía de memoria, aunque no conocía ni tan siquiera el significado. De todos modos era una bonita costumbre.

Lo mismo ocurre con el sol. Tiene que ser él quien entre el primero a saludaros y a daros los buenos días, y entonces todos vuestros asuntos irán bien. Por eso es tan importante que os preparéis la víspera, pensando que al día siguiente os vais a encontrar con el mejor servidor de Dios y podréis beber de su luz, de su calor y de su vida. Intentad dejar de lado vuestras preocupaciones, vuestras angustias, para poneros enteramente a disposición del mundo divino, para comunicar con las fuerzas benéficas que están en vosotros, a vuestro alrededor...

Desde que los humanos inventaron la comunicación a través de las ondas de radio, ¡cuánta gente puede comunicar entre sí! Y cuando se encuentran en peligro en los barcos, en los aviones, en la montaña o en las grutas, pueden pedir auxilio. Todos los días la radio y la televisión nos envían mensajes del mundo entero... Esto está muy bien, pero ¿por qué estar siempre en comunicación con los humanos que no hacen más que gritar, reivindicar, rebelarse y amenazar? Hay que utilizar los aparatos que Dios nos ha dado para entrar en comunicación con el sol, con los seres que nos superan, para armonizarnos con sus longitudes de onda, entrar en su aura, en su felicidad, en su luz, en su paz, y cuando nos hayamos reforzado a su lado, estaremos dispuestos a entrar en relación con los pobres humanos.

Algunos están pensando: «Pero ¿cuándo acabará esto? Nos habla del sol, y mientras tanto se nos calienta la cabeza». Si es así, tanto mejor, ¡os asaréis y os comerán! Hay espíritus inteligentes que son como jardineros: van a visitar su jardín, su vergel, para coger frutos y disfrutar. Dicen: «¡Oh! esta sandía, este melón, este melocotón... ¡qué frutos tan deliciosos! Sí, cuando ven a un ser que se despierta a la vida espiritual, se ocupan y se deleitan con todo lo que irradia y emana de luminoso en él. Por eso todas las mujeres y todos los hombres son visitados por estos jardineros del Cielo. Alguien dirá: «Yo no tengo nada que dar, no soy un jardinero, ¿cómo pueden venir a buscar algo de mí?» En realidad siempre hay un elemento útil... incluso las plantas venenosas, ¿no sirven acaso para hacer medicamentos?

Pero si ahora me extendiera en hablaros sobre este asunto, no terminaríamos nunca porque es un asunto de lo más apasionante. Los humanos están convencidos de que les visitan criaturas del otro mundo, e incluso los jóvenes, chicos y chicas, reciben visitas; todos son como laboratorios repletos de elementos químicos. Pero no ha llegado todavía el momento de extenderse sobre este asunto. Espero al menos que las preguntas más elementales estén contestadas, de otro modo no

llegaréis a asimilar cuestiones más importantes. Veo que no sabéis todavía manteneros alerta al amanecer, y por lo tanto no os voy a embarcar en terrenos donde se necesita un gran dominio del pensamiento y de las energías. En la vida espiritual, más que en cualquier otra parte, es peligroso querer quemar etapas. Si os digo: «He aquí un talismán gracias al cual podéis evocar a los espíritus», puesto que todavía sois débiles e inexpertos, os triturarán. ¿Qué bien os habré hecho? No estaréis preparados hasta que no toméis en consideración todos los asuntos, que encontráis por el momento insignificantes y sin importancia. Puede no ser interesante, pero es lo que os salvará la vida; mientras que lo que os interesa os traerá todas las desgracias si se os da prematuramente.

III

Todos los años, cuando llega la primavera, el sol calienta la tierra, y las semillas que estaban ahí, escondidas, sienten que el sol las acaricia, las llama, las invita y entonces se despiertan y empiezan su trabajo. ¡Oh! ¡Oh! diréis, ¿qué nos cuenta? La germinación, el crecimiento son mecanismos automáticos e inconscientes en las plantas...» Ya lo sé, de todas formas hay en la planta una vida que dormita, y todas las primaveras, a la llamada del sol, esta vida se pone en movimiento: todos los granos, todas las semillas brotan, crecen, y los hombres se regocijan porque saben que recogerán los frutos y podrán subsistir.

Estáis decepcionados y pensáis que sabéis esto desde hace mucho tiempo. No dudo que sepáis todo lo que os digo, pero os lo digo de todas formas para enseñaros que no habéis comprendido bien este asunto. Sabéis, sabéis, pero no comprendéis. El saber y la comprensión son dos cosas diferentes. Sabemos, pero ¿qué nos da este saber formidable? Nada. Si habéis comprendido, habréis visto que también vosotros poseéis semillas que debéis hacer crecer.

En el alma, el espíritu, el corazón, el intelecto y el cuerpo físico de los hombres, el Creador ha depositado semillas (dones, virtudes, poderes mágicos, todos los esplendores) que solamente la luz y el calor del sol espiritual pueden despertar y hacer crecer. Si durante la primavera y el verano vamos todas las mañanas a contemplar la salida del sol - el sol es la mejor imagen de la Divinidad - es para dar a nuestras semillas las mejores condiciones de crecimiento y de expansión. A los que se creen lo bastante inteligentes como para despreciar esta práctica, les sucede que sus semillas divinas se quedan enterradas para siempre.

Exponeos todas las mañanas a los rayos del sol, y así todas vuestras semillas empezarán a crecer y os convertiréis en un jardín florido repleto de frutos deliciosos. Los frutos que no se exponen al sol son verdes, ásperos, ácidos, mientras que los expuestos al sol son coloreados, dulces y sabrosos. Todo el mundo lo sabe, pero nadie ha visto que ocurre lo mismo en el ser humano. Por supuesto, muchas personas se exponen al sol en las playas, pero al mediodía, en un momento en que las influencias de los rayos no son benéficas, e incluso pueden ser nocivas.

Por la mañana, muy temprano, es el momento en que debéis exponeros a los rayos del sol y dejarles hacer su trabajo. Entonces sentiréis que nacen en vosotros pequeños retoños, pequeños brotes... Por supuesto, después hay que regarlos, pues si no se les riega, se secan. El sol da la luz y el calor, pero no puede regar las plantas: tiene necesidad de una colaboradora, el agua, y esta colaboradora está en nosotros. Sí, el sol hace una parte del trabajo y nosotros debemos hacer el otro: las plantas que el sol ha calentado, nosotros debemos regarlas. ¿Con qué agua? Con nuestro amor, nuestra fe, nuestra confianza, nuestra buena voluntad... ¡Tenemos que saludar al sol! Si le dejáis que os caliente sin participar en el trabajo, no obtendréis grandes resultados; lo que él ha hecho crecer morirá desecado.

Pero ¿cómo participar en este trabajo?.. Bien, cuando estéis bajo los rayos del sol debéis estar activos como él, es decir meditar, contemplar, rezar, dar gracias al Señor o pronunciar palabras positivas, luminosas. De esta forma regáis estos pequeños brotes con vuestro corazón, con vuestro amor y todo se inicia armoniosamente. ¡Aprended a cultivar vuestra propia tierra!

III.- LA BÚSQUEDA DEL CENTRO

Todo lo que existe en la tierra ha existido antes en estado etérico en el sol. Para comprender esta idea hay que saber que los elementos se han formado por condensación sucesiva. Al comienzo era el fuego. El fuego emanó de sí una substancia más densa, el aire, que a su vez emanó el agua. El agua, a su vez, desembarazándose de sus elementos más densos, formó la tierra (por otra parte tenemos ahora las pruebas científicas de que la vida en la tierra procede del agua). Cada elemento es una condensación de otro elemento más sutil: el aire del fuego, el agua del aire, la tierra del agua. Pero más allá del fuego que conocemos, existe otro fuego; la luz del sol, que es el verdadero origen de todas las cosas.

Diréis: «¿Qué ha pasado para que todos estos elementos se condensen?» Fue suficiente que salieran del centro, del sol. Cuando los elementos contenidos en el sol se alejaron hacia la periferia, se condensaron, se volvieron opacos, densos, pesados... Lo mismo ocurre en el hombre: alejándose del centro, del seno de Dios, se volvió mate, pesado, y ahora, para encontrar su pureza y su luz, debe volver al centro. Ahora veréis como los preceptos de todas las religiones se unen en la búsqueda del centro, o si preferís, simbólicamente, del sol.

Hace años, existía cerca de Saint-Cloud un parque de atracciones que se llamaba Luna Park. Un día, fui allí para curiosear. No voy a contaros todo lo que había allí para divertir al público. Os hablaré solamente de algo a lo que llamaban «la mina». Era una plataforma redonda, que daba vueltas, en la que se montaban los jóvenes... La máquina se ponía en marcha, el movimiento se aceleraba, y de pronto, los que se encontraban en la periferia entraban en el torbellino de las fuerzas centrífugas, siendo impelidos, catapultados, proyectados hacia el exterior, en todas direcciones, mientras que los que se mantenían en el centro estaban tranquilamente en su sitio. Esta simple imagen os enseña que cuanto más os alejáis del centro, más sometidos estáis a las fuerzas desordenadas, caóticas, y poco a poco perdéis vuestro equilibrio y vuestra paz. Al contrario, cuanto más os aproximáis al centro, el movimiento cambia, y sentís la calma, la alegría, la expansión del alma.

Haciendo estas observaciones en la naturaleza y en sí mismos, los Iniciados del pasado establecieron una ciencia, una filosofía y unos métodos. Sus investigaciones y descubrimientos han llegado hasta nosotros y ahora os los transmito para vuestra utilidad y vuestro perfeccionamiento. Solamente tenéis que comprender mi forma de hablar. Tengo el privilegio de disponer de un lenguaje muy claro, muy simple, casi infantil, en comparación con lo que encontráis en las obras de los filósofos y de los teólogos que son ¡tan abstractos y oscuros! ¿Por qué no simplificar la expresión de las grandes verdades? ¿Por qué no hacerlas claras y accesibles, incluso para los niños? Esta es una cualidad que Dios me ha dado: saber presentar las cuestiones más abstractas clara y simplemente. Y es lo que hago por vosotros todos los días. Por ejemplo: esta imagen de «la mina» nos enseña que si vamos por la mañana a contemplar el sol con el deseo de penetrar en él, no solamente sacaremos fuerzas, sino que encontraremos en nosotros mismos un centro: abandonamos la periferia y volvemos hacia la fuente, en la paz, la luz y la libertad.

El sol es el centro del sistema solar y todos los planetas gravitan alrededor de él en un movimiento armonioso. Este movimiento armonioso de los planetas alrededor del sol, debemos imprimirlo en nuestras propias células. Pero para esto, tenemos que encontrar el centro en nosotros, el Espíritu, Dios. En ese momento, todas las partículas de nuestro ser entran en el ritmo de la vida universal y lo que experimentamos como sensaciones y estados de conciencia es tan

maravilloso que no hay palabras para expresarlo.

«Pero, diréis vosotros, ¿es absolutamente necesario ir a la salida del sol? ¿No es lo mismo rezar en casa?» Por supuesto, en vuestra habitación también podéis rezar, uniros a Dios, volver al centro. Pero si al mismo tiempo que rezáis respiráis el aire puro y os exponéis a los rayos del sol, realizáis esta unión con Dios no sólo intelectualmente, o espiritualmente, a través del pensamiento, sino también físicamente a través del aire, la luz. Aquí, al amanecer, os ayudan factores muy poderosos: el aire puro, la frescura, la tranquilidad, todo el espacio y el calor, los rayos del sol... ¡Es la plenitud! Si sabéis aprovechar todas estas condiciones, os acercáis más rápidamente, más eficazmente, más maravillosamente a esta fuente de vida de la que tan necesitados estamos todos.

Todos los seres sin excepción tienen necesidad de volver a esta fuente. Lo comprenden de diferente manera, pero en realidad todos buscan al Señor: los que no hacen más que comer y beber, los que buscan a las mujeres sin saciarse nunca, los que desean la riqueza, el poder o la ciencia... todos buscan a Dios. Mi interpretación quizá ofusque a los religiosos que a menudo son estrechos y tienen prejuicios; dirán: «¿Es imposible que la gente busque a Dios por caminos tortuosos!» Yo digo que sí, que no existe criatura que no busque a Dios, sólo que cada una lo comprende a su manera.

Si supiéramos dónde está Dios y cómo encontrarle en su estado de perfección, por supuesto, sería preferible, pero Dios se encuentra un poco en la comida y la bebida, un poco en el dinero. Se encuentra también en los hombres y en las mujeres. Estas sensaciones de plenitud, de expansión, de maravilla, ¿quién sino El podría procurarlas? Desear la autoridad, el poder, es querer poseer también un atributo de Dios. Querer ser bello, es también buscar una cualidad de Dios: su esplendor. Incluso los glotonos que se pasan todo el día de cuchipanda, si no fuera un poco el Señor lo que saborean, no sentirían este disfrute, este placer del paladar o del vientre. No existe nada bueno, bello o deleitoso que no encierre al menos alguna parcela de la Divinidad. Pero para encontrar verdaderamente al Señor, no preconizamos todos estos caminos tan costosos, sucios y deplorables. (¡Algunos van a las alcantarillas para buscar al Señor!) Os enseño. el mejor camino., a través del cual se Le alcanza directamente: el sol.

La primera cosa que tenemos que hacer, es darnos cuenta de la importancia del centro y comprender que la búsqueda del centro provoca en nosotras grandes cambios, aunque no lo sepamos. Cuanto más nos acercamos al sol con nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro pensamiento, nuestro corazón y nuestra voluntad más nos acercamos al centro. que es Dios. En el plano física, el sol es el símbolo de la divinidad, su representación visible y tangible. Todos esas nombres abstractos y alejados de nosotros que se dan al Señor: Fuente de vida, Creador del cielo y de la tierra, Causa primera, Dios Todo-Poderoso, Alma universal, Inteligencia cósmica... pueden resumirse en esa idea del sol, tan concreta y próxima a nosotros. Podéis considerar al sol como el resumen, la síntesis de todas estas ideas sublimes y abstractas que nos rebasan. En el plano física, en la materia, el sol es la puerta, el lazo, el médium gracias al cual podemos alcanzar al Señor.

Empezad por entender que mirando al centro del sistema solar, restablecéis en vosotros mismos un sistema idéntico, con vuestro propio sol en el centro, vuestro espíritu que vuelve, que se asienta y que toma el mando. Por el momento, en vosotros hay desorden, caos, no hay gobierno ni cabeza: todos vuestros «inquilinos» comen, beben, gritan, saquean; y vuestros pensamientos, vuestros sentimientos y vuestros deseos se contradicen, cada uno tira hacia sí ¿Cómo queréis resolver vuestros problemas en esta anarquía? ¡No podréis!

Antes hay que ser interiormente como un sistema solar, para que toda gravite alrededor de un centro, pero un centro luminoso y cálido, no hay que aceptar un centro que sea apagado, débil,

sucio y estúpido... ¡Hay que limpiarlo! Y a todos los que habíais tomado hasta el momento por guías y por modelos, examínadlos uno por uno, diciendo: «¿Eres tan luminoso como el sol? ¿No? Entonces, ¡fuera, vete!... Y tú, ¿eres tan cálido como el sol? ¿No? ¡Fuera!» Después de este barrido, de esta purificación, instaláis el sol en vosotros. Y cuando el sol aparezca, cuando tome el puesto central, cuando esté presente en vosotros, real y vivo, veréis de lo que es capaz. A su llegada, todos los habitantes que están en vosotros sentirán que su jefe, su dueño, su señor ha vuelto...

Mirad a los niños en clase, a los cantores en la coral, a los soldados en el cuartel: cuando falta la cabeza, el profesor, el director de la coral, el capitán, todos hacen lo que quieren; pero cuando vuelve la cabeza, todos se ponen en su sitio y empieza el trabajo... Observad a una familia que está discutiendo. De pronto, un amigo al que todos estiman y respetan viene a hacer una visita, inmediatamente componen su rostro: «Buenos días, siéntate. ¡Qué contentos estamos de verte! ¿Cómo estás?» Incluso tratan de mirarse con gentileza para que el amigo no advierta que estaban en plena tragedia. ¿Por qué no utilizar la misma ley, introducir dentro de sí la «cabeza» más luminosa, más cálida, más vivificante: el sol? En ese momento, instintivamente, mágicamente, todos encontrarán su sitio, porque tendrán vergüenza de mostrarse groseros delante de este amigo o de este superior...

Cuando estalla en vosotros la discusión, el desorden, la revolución y os ponéis a rezar con mucho ardor, de pronto todo se sosiega y encontráis la calma y la alegría: ha entrado dentro de vosotros un amigo y todos los habitantes se han callado. Cuántas veces lo habéis verificado ¿no es así? Ahora, si rezáis a este amigo aún con más asiduidad y fervor para que no se vaya nunca, para que se quede y habite definitivamente dentro de vosotros, para que se instale en el centro y trabaje en vosotros, en ese momento la paz y la luz reinarán eternamente en vuestra alma.

II

Si nos atenemos a las apariencias, desde el punto de vista de la tierra, evidentemente nos encontramos que es el sol el que sale, el que se pone y el que gira alrededor de la tierra. Este ejemplo es suficiente para mostrar que todos los que se han acostumbrado a observar las cosas desde el punto de vista de la tierra, desde el punto de vista geocéntrico, se equivocan: toda su filosofía es falsa porque está basada en la ilusión de que el sol gira alrededor de la tierra. Mientras que los Iniciados, que saben que la tierra gira alrededor del sol, invierten su punto de vista: se sitúan en el sol, miran todo desde el sol y ven la verdad.

Diréis: «¡Todos sabemos que es la tierra la que gira alrededor del sol!» Sí, lo sabéis teóricamente, pero en la práctica hacéis como si fuera el sol el que gira alrededor de la tierra. Por eso os repito: «Mientras no intentéis buscar el centro, vuestro centro, que es la parte divina de vosotros mismos, y no os decidáis a vivir, mirar y actuar ahí, no encontraréis la verdad y todo os parecerá engañoso.»

Si no comprendéis, es porque no sabéis que en el hombre también se encuentran la tierra y el sol. La tierra es el vientre, los instintos, y el sol es el cerebro, la inteligencia. Desgraciadamente desde hace siglos, los humanos han descendido al vientre, sólo miran a través del vientre, es decir a través de la vida material. Todo lo demás para ellos no tiene la menor importancia. Por eso ¡con cuántas dificultades se encuentra el que intenta conducirles hacia el otro centro: la cabeza, la inteligencia y la luz, en una palabra el punto de vista heliocéntrico! ¿Cómo hacerles comprender que penetrando en el centro del sistema solar, encuentran al mismo tiempo su propio centro alrededor del cual todo debe gravitar? Mientras que el hombre quiere ser el supuesto centro de su propia existencia, en realidad gira alrededor de otras cosas fuera de sí mismo, por ello se siente sacudido, atormentado, y no puede encontrar la verdad.

Utilizaré todos los medios, todos los argumentos, todos los conocimientos de que dispongo para llevaros hacia esta verdad deslumbrante: primeramente debéis trabajar para encontrar el centro de nuestro sistema, el sol, el manantial de donde surge la vida; después en el plano espiritual, a Aquel que es el más grande, el más poderoso: el Señor, y unirlos a vuestro propio centro, que es vuestra chispa, vuestro Yo superior, pues hasta ese momento no os habréis encontrado a vosotros mismos ni habréis descubierto la verdad. Vivís todavía en las ilusiones y en las tribulaciones, porque no habéis llegado a encontrar el centro, a girar alrededor de él, a fundiros en él. Son vuestros deseos, vuestros caprichos, vuestra codicia los que os gobiernan, giráis a su alrededor. Pues bien, no debe ser así, en lo sucesivo deben girar a vuestro alrededor, obedeceros, someterse. Si corréis para satisfacerlos, no solamente no llegaréis, sino que lo perderéis todo. Son ellos los que deben servir, trabajar para vosotros que sois el centro, la cabeza, el señor de vuestro propio reino.

Así pues lo que cuenta, lo que importa por el momento, es cambiar vuestro punto de vista. En lugar de refunfuñar: «¡Ah!, Saltar de la cama para ir a la salida del sol! ¿Para qué me servirá, Dios mío? Mi cerebro está bloqueado, no puedo meditar», ahora que conocéis los tesoros que hay para explorar, os levantaréis por la mañana con otra disposición.

Para que sea más claro, os puedo interpretar una página del libro de la naturaleza viviente. Cuando observamos a los humanos, vemos que instintivamente se sienten impelidos a subir en la escala social para mandar y asumir responsabilidades. Se les obliga a pasar exámenes y cuando demuestran sus méritos, se les escoge para los puestos más elevados. ¿Por qué no han visto que ocurre exactamente lo mismo en el terreno espiritual? Los Iniciados, los verdaderos discípulos, saben que en el plano espiritual hay otros jurados, otros examinadores que observan cómo

resuelven los problemas que la vida les presenta, y por eso trabajan, trabajan interiormente, y si tienen éxito, se les concede un lugar más elevado y poderes más amplios. Cuanto más suban y se acerquen a la cima de la perfección, más diplomas se les da, confiándoles puestos importantes y un día obtienen todos los poderes, mandan incluso en las fuerzas de la naturaleza, pero siempre para hacer el bien.

En lugar de querer competir con los demás para obtener puestos de gobernador, de ministro o de presidente, trabajad en vuestra educación interior para encontrar el sol. Cuanto más améis y comprendáis al sol, más os eleváis hasta los grados superiores de vuestro ser y más os acercáis a la cima. Representada de otra forma, la cima no es otra cosa que el centro, ya que la proyección geométrica del cono es un Círculo con un punto central. Así pues, si vais hacia el centro de vuestro círculo. vuestra alma. Vuestro espíritu, o si subís para ir hasta la cima, hasta el sol, es el mismo camino experimentado de forma diferente y los beneficios que recibís son los mismos: la paz, la claridad, el poder y el amor...

IV.- EL SOL QUE NOS NUTRE

El sol es el padre de los planetas, todos han salido de él; así pues, todo lo que existe en la tierra, elementos químicos, substancias minerales o vegetales, existe ya en estado sutil, etérico, en el sol. La cuestión es saber cómo, concentrándonos en el sol, podemos captar en su pureza original todos los elementos de los que tenemos necesidad para nuestro equilibrio y nuestra salud. Pues mientras busquemos los remedios únicamente abajo, en el plano físico, sin hacer ningún esfuerzo para elevarnos, no ganaremos nada en el plano espiritual.

A la menor indisposición, la mayoría de la gente ingiere gran cantidad de medicamentos. Por supuesto, los elementos que entran en la composición de estos medicamentos vienen del sol, pero si hiciéramos el esfuerzo de tomar estos elementos del plano etérico, de la fuente, nos sería más provechoso. La medicina no conoce todavía estos elementos, pues son demasiado sutiles, pero son más importantes que todos los que ha descubierto hasta el momento.

Actualmente, la medicina oficial da a las glándulas endocrinas un papel esencial. Es un error. En realidad, en el plano astral y en el plano mental existen otros factores que ponen en marcha y rigen el funcionamiento de las glándulas endocrinas. Cuando una de estas glándulas segrega hormonas en cantidad insuficiente o excesiva, produce anomalías en el organismo, a causa de algo. Y esta causa, ¿dónde se encuentra? Precisamente en los planos astral y mental. Estas dos regiones, donde se forman los sentimientos y los pensamientos, todavía no han sido exploradas ni dominadas, pero desde ahí se proyectan los elementos que se ponen en movimiento y alteran inmediatamente los demás instrumentos: las glándulas endocrinas o el sistema nervioso, el simpático, los ganglios... Hay que ir a buscar mucho más arriba las causas de las enfermedades y sus remedios. Poco a poco la ciencia las descubrirá.

No hace mucho tiempo, se decía: «Si usted toma tantos prótidos, tantos lípidos, tantos glúcidos, tantas sales minerales... usted tendrá tantas calorías que le darán tanta energía». Y se creía que las calorías lo eran todo, hasta el día en que se advirtió que existían elementos más sutiles e imponderables: las vitaminas. Desde entonces no se habla más que de vitaminas y todo el mundo se atiborra de vitaminas. Los Iniciados no tienen necesidad de tomar vitaminas: en sus trabajos espirituales, llegan a captar otros elementos mucho más sutiles y eficaces que se encargan de poner todo a punto en el organismo, incluida la asimilación de las vitaminas. Ahora se han descubierto las hormonas, pero no es la última palabra.

La última palabra, os lo he dicho, son los pensamientos y los sentimientos. Sí, pues los pensamientos y los sentimientos son fuerzas que ponen en marcha ciertos resortes que actúan a su vez sobre el organismo, las glándulas endocrinas, el sistema nervioso etc., y según sus cualidades, estos pensamientos y sentimientos producen la armonía o el desorden. Hay actualmente algunos investigadores que trabajan en esta dirección, pero no se les escucha. Más adelante, los médicos adoptarán oficialmente sus teorías: sólo se estudiarán estos factores sutiles que son el pensamiento y el sentimiento, se crearán nuevas ramas de estudio, con laboratorios y técnicas especiales y no les quedará otro remedio que reconocer que la Ciencia esotérica tenía bases sólidas y reales.

Ahora os diré como podéis tomar esas partículas etéricas que el sol envía por la mañana. Es muy simple, ni siquiera vale la pena saber cuáles son los elementos que restablecerán vuestra salud, eso no tiene ninguna importancia. Esforzaos solamente en ascender a través del pensamiento hasta las regiones más sutiles: os situáis allí, esperáis... y entonces vuestra alma y vuestro espíritu, que son químicos y médicos muy competentes, que conocen exactamente la

naturaleza de todas las sustancias etéricas, captan lo que os necesario y dejan el resto a un lado. Esperáis, inmersos en el amor, la sumisión, la alegría, la confianza... y poco después, cuando volvéis, sentís que algo se ha restablecido, apaciguado, reforzado.

Importa poco si, por el momento, no conocéis la naturaleza de estos elementos. Lo que puedo deciros en algunas palabras es que se encuentran en el prana. El prana es una fuerza viva, es la vitalidad que proviene del sol, que se respira del aire y que se absorbe a través de todas las células. Se puede comparar el prana al agua que desciende de las altas montañas, a un río que encierra numerosos elementos nutritivos para los peces, pero también para los animales y los hombres que viven en las orillas. El prana es un río que viene del sol hasta nosotros y debemos extraer los elementos que necesitamos, a través de la respiración y la meditación. Los que prefieren abrir la boca para tragar una píldora, deben saber que es nociva y perjudicial, pues les impide desarrollar su voluntad; y por otra parte no les aportará más que un alivio pasajero y superficial, en lugar de una mejora profunda y duradera. No digo que no haya que tomar medicamentos, pero no lo hagáis nunca sin haber captado antes estos elementos vivos, espirituales, que están en el prana. Pues el trabajo que esto requiere, refuerza vuestra voluntad psíquica y espiritualmente, os pone en comunicación con las regiones superiores, os vivifica, estimula y pone en marcha algunos centros que preparan el terreno, y cuando después tomáis el remedio físico, el efecto es mucho más poderoso y duradero.

Así pues preconizo los dos: el remedio de la farmacia y el remedio espiritual, pero le doy preponderancia al lado espiritual. Evidentemente, ya os lo he dicho, los medicamentos contienen sustancias vegetales y minerales que provienen del sol, y si Dios ha depositado estos elementos en la naturaleza, es para que nos sirvamos de ellos, no hay ninguna duda. Pero creer que todo está ahí y que sólo eso puede equilibrarnos, es ir en contra de la Ciencia esotérica.

Diréis: «Sí, pero esas partículas que recogemos a la salida del sol son imponderables, no pueden ser eficaces». Es verdad, son imponderables, pero son la quintaesencia más viva que el sol envía al universo. Y el hecho de que la medicina homeopática haya descubierto que las dosis muy diluidas son a menudo más eficaces que las dosis muy concentradas, prueba la veracidad de lo que os digo. ¿Por qué no absorber esas partículas imponderables, ese tipo de vitaminas de naturaleza sutilísima que nos aportan los rayos del sol?

Se pueden obtener del sol muchas otras energías distintas de las que pueden servir para la producción de electricidad o de energía para la calefacción. La energía del sol, si sabemos captarla, puede darnos la vitalidad y la salud, pero también la paz, la inteligencia, el amor... Pero con esta filosofía, nos estamos anticipando a la humanidad en varios siglos. Por lo demás, algunos me lo han dicho: «Con sus ideas, se adelanta a su siglo». Es verdad, lo que pensamos hoy, el mundo entero lo pensará en el futuro.

II

Tenemos un cuerpo físico cuyas partículas se renuevan cada siete años. Evidentemente, podemos preguntarnos: ya que se produce esta renovación, ¿por qué tenemos las mismas malas costumbres, las mismas debilidades, las mismas enfermedades? Pues porque las nuevas partículas reciben la influencia de las huellas grabadas en la materia viva de nuestro ser, y se ven obligadas a obedecer las viejas directrices. Por eso las nuevas partículas no llegan a cambiar nuestro temperamento, a eliminar nuestras debilidades.

Podemos comparar este fenómeno al funcionamiento de una administración o de una fábrica. De vez en cuando, debido a enfermedades, a la vejez o a un fallecimiento, se ven obligados a reemplazar algunos miembros del personal y llaman a nuevos empleados, más jóvenes y más vigorosos. Pero en lo que respecta al trabajo, tienen que conformarse con lo que hacían los empleados que les precedieron. Así pues, aunque las personas sean nuevas, sus ocupaciones son las mismas. Igual ocurre con las nuevas partículas que recibimos a través de nuestras diferentes actividades: nutrición, respiración, reflexión, sensación, etc... Por eso, si queremos que estas nuevas partículas sean verdaderamente renovadoras y produzcan efectos positivos, hay que darles otra orientación, imprimirles otro sello; ya os he mostrado algunos ejercicios para lograrlo.

En realidad, el método más eficaz para renovar la materia de vuestro organismo, consiste en saber trabajar con el sol; os explicaré como. Todas las mañanas estáis ante el sol que envía por todas partes al espacio partículas luminosas de una gran pureza. ¿Qué os impide concentraros para arrojar de vuestro ser físico y psíquico las viejas partículas usadas, apagadas, enfermas y reemplazarlas por esas nuevas partículas que vienen del sol? Este es un ejercicio de los más útiles que podéis hacer a la salida del sol: con vuestro pensamiento, vuestra imaginación, intentad tomar partículas divinas e introducirlas en vosotros... De esta forma, poco a poco iréis regenerando la materia de vuestro ser; gracias al sol, pensaréis y actuaréis como un hijo de Dios. La enfermedad no es otra cosa que una acumulación en el organismo de materias extrañas, y para curaros, debéis expulsadas. Este es el verdadero concepto de la salud: ¡la limpieza! Si es tan importante el saber recoger, por la mañana, las partículas que nos aporta el sol, es porque son las únicas que no producirán en nosotros ninguna aglomeración, ninguna impureza. Todo lo que coméis, bebéis, respiráis, deja siempre algún residuo, fatalmente. Sólo los rayos del sol están hechos de una materia que no deja residuos. Por eso tenemos que aprender a nutrirnos con este elemento superior que es la luz.

Si pregunto cuánto tiempo puede estar un ser humano sin comer, se me responderá: «Cuarenta, cincuenta, sesenta días...» y cuánto tiempo sin beber: «Diez días, quince días...» Y cuánto tiempo sin respirar: «Algunos minutos solamente». Es pues evidente que para el hombre el alimento sólido (que corresponde a la tierra), es menos importante que el alimento líquido (que corresponde al agua), y que el alimento líquido es menos importante que el alimento gaseoso. Y si ahora pregunto cuánto tiempo puede estar un ser humano sin fuego, se me responderá: «¡Años! ¡Hay gente que ha estado años sin calefacción, o que nunca la ha tenido!» En realidad no se trata de ese fuego, sino del fuego que está en el hombre, y si ése se pierde, el hombre muere al momento. Sí, el hombre pierde su vida inmediatamente después de que su corazón pierda el calor. El fuego es pues el elemento más importante en el hombre; por ello debe aprender a nutrirse de él y a preservarlo dentro de sí.

Esto es algo nuevo. Los humanos están habituados a nutrirse solamente con alimentos sólidos, líquidos o gaseosos, pero ¿qué hacen con el cuarto elemento, el fuego, la luz? Poca cosa

o nada. No saben alimentarse de luz, la cual sin embargo les es más necesaria que el aire. Por eso toda esa gente que nos critica y nos ridiculiza cuando vamos por la mañana a la salida del sol, muestran su ignorancia e incluso diría que están embrutecidos. Asistimos a la salida del sol para alimentarnos de luz y en lugar de reírse de nosotros, tendrían que hacer lo mismo. El hombre necesita alimentarse de luz para nutrir su cerebro. ¡El cerebro también quiere comer!... Y la luz es su alimento: ésta despierta en el hombre las facultades que permiten al hombre penetrar en el mundo espiritual. Mientras el hombre se contenta con alimentar el cerebro de partículas sólidas, líquidas o gaseosas, que no son las que necesita, estará muy limitado en su comprensión. Comprenderá quizá las cosas de la tierra, pero los misterios del universo se le escaparán.

Diréis: «Sí, pero comiendo y bebiendo también se alimenta el cerebro.» Es verdad, pero solamente su parte menos sutil. Pues el cerebro, que es un órgano jerarquizado, está constituido por varias zonas: unas contienen centros que permiten manejar las realidades del mundo material e intelectual, pero otras contienen centros capaces de entrar en relación con las realidades del mundo espiritual, del mundo divino. Si aprendéis a alimentar vuestro cerebro con este elemento sutil que es la luz, los resultados serán diferentes. La tradición refiere que un día Zoroastro preguntó al dios Ahoura Mazda cómo se alimentaba el primer hombre y Ahoura Mazda le respondió: «Comía fuego y bebía luz.»

Diréis: «Sí, pero para reemplazar todas nuestras viejas partículas, quizá hagan falta siglos.» No, podéis acelerar esta transformación con la intensidad de vuestro amor. Cuanto más améis la luz, más la atraeréis hacia vosotros.

La mayoría de los humanos tienen respecto al sol la misma actitud inconsciente que respecto a la alimentación. No se preocupan de la forma en que comen. Se pasan la comida hablando, gesticulando, riñendo, y creen que el organismo se encargará de recibir y escoger todos los alimentos necesarios para su buen funcionamiento. y es verdad, el organismo se encarga. Pero lo que no saben, es que el alimento contiene fuerzas y elementos sutiles venidos del espacio, que sólo una alimentación consciente puede permitirnos recibir. Estos elementos que pertenecen al plano etérico, al plano astral e incluso al plano mental, pueden ayudarnos a mejorar nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y todo nuestro comportamiento. Sí, pero a condición de saber comer consciente e inteligentemente.

Es exactamente lo que se produce cuando se asiste a la salida del sol. Si estáis sentados delante del sol, pensando en otra cosa, recibiréis siempre algunos beneficios físicos de su calor y de su luz, pero los elementos más sutiles que pueden ayudarnos en vuestra evolución espiritual, no los recibiréis. Si sois conscientes de que a través de sus rayos el sol transmite su vida, su amor, su sabiduría y su belleza, os prepararéis para recibirlos, abris en vosotros millares de puertas por las que esos rayos pueden entrar a depositar sus tesoros, y es así como llenáis todo vuestro ser con los beneficios del sol.

Por esto es tan importante ser consciente de lo que representa el sol. Así es como podréis recibir los elementos que os ayudarán a profundizar en las leyes y en los misterios de la naturaleza, a gustar de la dicha y de la paz.

V.- EL PLEXO SOLAR

La luz, el calor y la vida que conocemos no son más que un aspecto muy inferior de la verdadera luz, del verdadero calor y de la verdadera vida. Detrás de la luz del sol está la luz de Dios, pero no podemos conocerla, como no podemos conocer su calor, su amor o su vida, es decir el grado más intenso de la vida. Dios es incognoscible e incomprensible, y sin embargo casi nos toca, aunque sea de una forma muy alejada, muy imperfecta. No tenemos que imaginarnos que la luz del sol es la verdadera luz de Dios. Es un reflejo de la verdadera luz. La otra luz, no podemos ni comprenderla ni conocerla; es tan sutil y tan poderosa que se aparece a nosotros, e incluso a muchos otros espíritus más evolucionados, como si fueran tinieblas.

En la Ciencia iniciática se dice que son las tinieblas las que han producido la luz. En el origen era el caos, la materia desorganizada: *hyle* como la llaman los Griegos. Este caos está representado por un círculo, el cero. Simbólicamente, el círculo es el infinito, la materia inanimada. Pero es muy difícil comprender estas nociones; intelectualmente, es casi imposible. Los filósofos y los sabios que quieren comprenderlo todo intelectualmente, no pueden. Por lo que respecta a lo teórico, el cerebro es capaz. Pero no le es dado al cerebro comprender verdaderamente las cosas, es decir sentir las, gustarlas y vivirlas.

Decimos a menudo que es el corazón quien comprende y hablamos de la inteligencia del corazón... Incluso los Evangelios hacen alusión al corazón como órgano de la comprensión. Pero ¿de qué corazón se trata? Creemos que es del corazón físico, el órgano que envía la sangre.

No, el verdadero corazón, el corazón iniciático, es el plexo solar: es él quien siente, quien comprende, quien aprehende las grandes verdades cósmicas. El cerebro solamente sabe discutir, escribir, hablar y pavonearse sin tener una idea clara de las cosas. Observad lo que pasa en el mundo actual, el mundo de la quinta raza: se explica, se habla, se escribe, pero en realidad no se comprende nada, porque mediante el cerebro es imposible tener una comprensión perfecta. Hay que vivir las cosas para comprenderlas, hay que vivirlas con todo el ser.

El plexo solar dirige todas las funciones del cuerpo físico; de él dependen la respiración, la eliminación, la circulación, la nutrición y el crecimiento. A través del plexo solar el hombre puede comunicar verdaderamente con el universo, pues el plexo solar está unido al cosmos entero, lo que no ocurre con el cerebro. En realidad, esta comunicación podría establecerse, pero el cerebro no está todavía suficientemente desarrollado para eso, pues su formación es muy reciente; el plexo solar es de formación mucho más antigua y es él quien creó y quien alimenta al cerebro. Sí, el cerebro es un producto del plexo solar, es su hijo; por ello le alimenta, le socorre, y cuando deja de hacerlo, el hombre se duerme, se atonta, o tiene dolor de cabeza y no puede reflexionar.

El cerebro no está separado del plexo solar, y si no se beneficia siempre de él, se debe a que todavía no sabe comunicarse. Ya os he explicado que el plexo solar es un cerebro invertido, pues en el cerebro la materia gris está en el exterior y la materia blanca en el interior, mientras que en el plexo solar la materia gris está en el interior y la materia blanca en el exterior. También os he dicho que la materia gris nos permite pensar mientras que la materia blanca nos permite sentir.

Así pues, gracias a la materia blanca que está en el exterior, el plexo solar siente todo lo que pasa en el ser humano, en todas sus células; por eso se ocupa sin cesar de restablecer el equilibrio. Mientras que el cerebro no siente nada en absoluto, salvo cuando todo va muy mal y todo está obstruido. Pero no sabe cómo remediarlo. Por ejemplo si vuestro corazón late demasiado deprisa o demasiado lentamente, o si tenéis dolores de estómago, el cerebro es incapaz de saber lo que conviene hacer. Por otra parte esto no depende de él. Mientras que si le dais los

medios para que funcione normalmente, el plexo solar lo restablece todo. Posee una farmacia formidable que no podéis ni imaginar; y como está en relación con todos los órganos y con todas las células, sabe lo que pasa y puede intervenir. Está, pues, mucho mejor equipado que el cerebro. Pero todo esto no está bien explicado, ni siquiera en la ciencia médica.

El cerebro se ha desarrollado muy tarde en los animales y en los hombres; el cerebro de las hormigas, por ejemplo, está mejor organizado que el del hombre, porque las hormigas existen desde antes. Si se compara el cerebro de las hormigas al del hombre, es sorprendente ver lo bien organizado que está un cerebro tan pequeño. El cerebro humano no está todavía bien organizado, pero lo estará más adelante, porque tiene la misión de registrar la totalidad de los conocimientos y de concebir realizaciones fantásticas. Pero, lo repito, el que dirige, el que ordena y del que todo depende, es el plexo solar, que está conectado al centro Hara situado un poco más abajo.

Los Occidentales están destruyéndose porque toda su actividad está situada en el cerebro: los estudios, los cálculos, las preocupaciones, etc... pero como no están preparados para resistir grandes tensiones, muchas enfermedades nerviosas sobrevienen actualmente porque el cerebro está sobrecargado. Si los Occidentales supieran cómo repartir el trabajo entre el plexo solar y el cerebro, no se cansarían nunca. ¿Por qué? Porque el plexo solar no se fatiga nunca, es un depósito inagotable. Pero el hombre que vive una vida desordenada, estorba el funcionamiento del plexo solar y se siente bloqueado, deprimido, enfermo -a través de su sistema nervioso. El que no vive correctamente está demoliendo el factor más importante del cual depende el resto de su organismo.

En los viejos tratados de alquimia se habla de una clase de aceite o de esencia que poseía propiedades maravillosas: daba la salud, la inteligencia, la belleza, el saber... En realidad, todos los seres vivos, las plantas, los animales, los hombres, pueden destilar esta esencia. Se la ha llamado con distintos nombres: savia verdadera, prana, elixir de la vida inmortal... Otros la llaman magnetismo. De esta esencia hablaba Jesús cuando decía: «De su seno brotarán manantiales de agua viva.» Y cuando el hombre se alimenta, cuando respira (pues en el aire se esparce una esencia venida del sol que podemos captar a través de la respiración), e incluso cuando piensa, lo que busca es extraer esta esencia, este aceite.

Ahora bien, esta esencia se encuentra en todas partes. Las plantas la extraen del suelo, del aire, de los rayos del sol y, gracias a ella, preparan la savia. La savia de los vegetales es el símbolo de esta savia viva que circula dentro de nosotros. Y ¿por dónde circula? Por el plexo solar. Algunas veces, cuando estáis inquietos, descontentos, impacientes, si sois lo bastante sensibles para poder observar lo que pasa dentro de vosotros, constatáis que algo se dispersa dentro de vuestro plexo solar. El plexo solar es el vaso que conserva el magnetismo viviente y cuando éste se escapa, os sentís débiles, incapaces de actuar o de concentraros.

Por el contrario, si os sentís dichosos y tranquilos, percibís una expansión en el plexo solar, algo que mana como una fuente. El plexo solar es el depósito de las fuerzas vitales, la acumulación de todas las energías; si sabéis cómo llenarlo diariamente, tendréis un manantial del que podréis extraer en cada instante las fuerzas que necesitáis.

Este es un ejercicio que podéis hacer a la salida del sol: mientras meditáis sobre la luz y sobre el calor del sol, poned la mano derecha en vuestro plexo solar; de esta forma lo llenáis de fuerza y de energía, lo cual os permitirá continuar infatigablemente vuestro trabajo.

VI.- EL HOMBRE A IMAGEN DEL SOL

Cuando miramos al sol, lo primero que vemos es el disco luminoso que siempre tiene la misma forma, la misma dimensión, y que puede ser observado, medido y filmado. Es su cuerpo, Pero si queremos estudiar lo que sale de él, la luz que fluye, que surge del centro hacia la periferia, saber lo que es y hasta dónde se esparce en el espacio, no podemos, es imposible; ello rebasa nuestra imaginación.

El ser humano está construido como el sol: tiene un cuerpo físico determinado, intransferible; pero en cuanto a lo que sale de él, sus pensamientos, sus sentimientos, sus radiaciones, sus emanaciones, ¿qué conocemos? Casi nada...

...La gente tiende a identificarse con su cuerpo físico; pero van a tener que revisar todos sus conceptos y reconocer que sólo la Ciencia esotérica es verídica porque siempre ha tenido en cuenta los dos aspectos de la realidad: el aspecto objetivo, de los fenómenos que se pueden medir, que no debemos descuidar, y el aspecto espiritual, vivo, las emanaciones y las radiaciones de las que desconocemos su naturaleza y su poder.

Un día os decía: «Los planetas nos tocan, el sol nos toca...» y os sorprendisteis. Sin embargo, es verdad, desde lejos el sol nos toca con sus rayos. y nosotros, que estamos contruidos en base al mismo modelo que el sol, por nuestro pensamiento, nuestra alma y nuestro espíritu poseemos poderes que se extienden muy lejos, más allá de los límites del cuerpo físico. De la misma forma que el sol actúa en los metales, las plantas, los animales y los humanos, de la misma forma que penetra, calienta y alimenta, también así, con nuestras emanaciones, podemos transformar a distancia, mejorar y vivificar a las criaturas. Pero vayamos más lejos: ese disco luminoso que vemos en el cielo, perfectamente limitado, es el cuerpo del sol. Lo que sale de él, sus rayos, son sus pensamientos, su alma, su espíritu que visita la periferia para distribuir por todas partes la riqueza y la abundancia. y cuando se han descargado, vuelven al sol para recargarse y partir nuevamente a visitar otras criaturas a través del espacio.

En nuestro cuerpo físico, el representante del sol es el corazón; tiene las mismas funciones, la misma actividad infatigable, sin descanso; incluso cuando los demás órganos se relajan un poco, él continúa su trabajo pues no tiene más que un fin: ayudar, sostener, alimentar, edificar, reparar. No tiene otro pensamiento que el de dar, el de ser impersonal, generoso y lleno de amor. Pero los humanos ¿se han percatado de que poseen un órgano, el corazón, que es el representante del sol en su cuerpo físico?

Estos rayos, esta luz que el sol envía, corresponden a la sangre: como ésta están colmados de todo lo que es útil, provechoso, benéfico y saludable para todas las criaturas del universo. Cuando la sangre ha depositado toda la carga de materiales nutritivos, reparadores, curativos, y ha tomado a cambio todas las impurezas, retorna. Pero no vuelve directamente al sol, al corazón, sino que antes pasa por los pulmones del universo para desembarazarse de las impurezas. El planeta que rige los pulmones es Júpiter. La astrología le atribuye más bien el hígado, pero el hígado cumple las mismas funciones en otro ámbito, donde también limpia y purifica el organismo de sus venenos. En Bulgaria, al hígado le llaman «*tcheren drob*», que se puede traducir por pulmón negro, y los pulmones se llaman «*bel drob*», pulmón blanco. Ya lo veis, se trata de un parecido extraordinario. En dos lugares diferentes, se encargan de la purificación.

Aunque la astrología atribuye normalmente el hígado a Júpiter, yo se lo atribuyo más bien a Saturno. La mitología puede ayudarnos a comprender sus relaciones. En el principio Júpiter se encontraba en el hígado y Saturno en los pulmones, pero cuando Júpiter destronó a su padre, se adueñó del gobierno de los pulmones y precipitó a Saturno al hígado. Saturno lleva una vida subterránea, en las minas, como el hígado que trabaja por debajo del diafragma, en la obscuridad y entre ponzoñas.

Pero dejemos todo eso y volvamos al sol. La luz que sale del sol, es su sangre. Cuando los rayos han sido utilizados por los planetas, por los innumerables seres del universo - pues el espacio está habitado por millares de criaturas que reciben los rayos y extraen su alimento - se ensombrecen, pierden su luz y su calor; se dirigen entonces a Júpiter que los purifica - la Luna y Saturno participan también de esta purificación - y después vuelven al Sol. Luego, recargada de amor, de sabiduría y de verdad, esta fuerza vuelve al espacio, despedida por el Sol.

Se produce pues una gran circulación en el sistema solar. Este es un organismo vivo que funciona gracias al sol, el corazón que late y lo alimenta sin descanso. Por eso se ha tomado el corazón como símbolo de la impersonalidad, del desinterés, del amor: porque ocupa en el hombre el lugar del sol. Es su deseo de dar lo que vuelve al sol tan luminoso y tan cálido. Suprimid en alguien el amor, la bondad, el deseo de ayudar a los humanos y su rostro se apaga, se vuelve tenebroso. Observad a un hombre cuando se dispone a visitar a un amigo enfermo o desgraciado, a llevarle regalos, a decirle palabras de consuelo: su rostro es bello y luminoso. Y observad al contrario, el rostro de un criminal que prepara dar un golpe: es tenebroso, crispado, inquieto, no tiene luz. Tenéis que comprender este lenguaje. Cuantos más deseos sintáis de iluminar, de instruir a los seres y de ayudarles, más aumentará la luz, ensanchándose hasta formara vuestro alrededor un aura extraordinaria, resplandeciente y luminosa. Es el sol quien posee el verdadero criterio, la medida, la ley absoluta. Por eso no busco instruirme en otros libros; el sol es el verdadero libro para mí.

Ahora bien, ¿no encontráis extraño que el sol que da e irradia desde hace millares de años, aún no se haya agotado?.. Lo que no sabéis es que, en el amor divino, existe una ley según la cual cuanto más dais más os colmáis. No existe el vacío en el universo. Cuando se produce un vacío, inmediatamente algo viene a llenarlo. Esta ley actúa en todos los planos. Si lo que dais es luminoso, radiante y benéfico, recibiréis por otro lado elementos de la misma cualidad, de la misma quintaesencia luminosa y radiante. Pero si emanáis porquerías, inmediatamente vuestro depósito se ensucia.

El sol es inagotable porque en su deseo de dar, se colma. Nos envía sus rayos, pero al mismo tiempo recibe sin cesar nuevas energías del infinito, de la inmensidad y del Absoluto. Es lo que él me explicó un día: «Vivo continuamente en el infinito, en la Divinidad, y al tener pensamientos y deseos purísimos, atraigo también las energías más puras, más luminosas. Aprended de mí como llegar a ser perfectos, inagotables e infatigables. Tened el mismo fin que yo, tened por ideal pareceros a mí, trabajad como yo y constataréis que cuando empleáis vuestras energías para el bien de los demás, poco tiempo después, de pronto, os sentís cargados de nuevas energías». ¿Cómo ocurre esto? Es un misterio, ¡pero es verdad! Mientras que si gastáis energías en un fin muy personal, necesitáis mucho tiempo para recuperaros, para descansar, para restableceros, y si por desgracia caéis enfermos, harán falta quizá meses y años para curaros. Las criaturas inspiradas por los mejores pensamientos y el mejor ideal se restablecen siempre más rápidamente.

Evidentemente, me diréis que es difícil realizar esta grandeza, esta superioridad del sol... Lo sé, pero si de generación en generación los humanos se perfeccionan, se purifican, se espiritualizan, poco a poco obtendrán las mismas cualidades que el sol: serán infatigables, invulnerables, inagotables y siempre se mantendrán radiantes.

II

En la Ciencia esotérica se dice que allí donde habita un Iniciado, ningún espíritu maligno tiene el derecho de penetrar. El Iniciado puede incluso prohibirle la entrada a su morada sirviéndose de escritos en donde le amenaza con tal o cual castigo si no respeta la prohibición. y cuando quiere hacer una ceremonia mágica, un gran trabajo espiritual, reserva un lugar y lo consagra para prohibir la entrada a los malos espíritus: lo rodea con un círculo, inscribe nombres sagrados, permanece tranquilo, y entonces puede trabajar. Sólo pueden entrar las criaturas superiores, mientras que las entidades inferiores se quedan fuera, aullando, amenazando, y si tratan de penetrar son destruidas.

Un ser que quiere crear es como una mujer encinta o como un pájaro que quiere poner ,sus huevos: le hace falta un sitio tranquilo y retirado, un nido. Y en el mundo invisible, Ocurre exactamente lo mismo: cada espíritu tiene su sitio que le está reservado en el espacio infinito, cada criatura espiritual ocupa un lugar delimitado y protegido por ciertas vibraciones, ciertos colores, o por una quintaesencia particular; es un terreno en el que aquel que posee vibraciones contrarias, no tiene derecho a inmiscuirse ni a perturbar. Sólo los espíritus superiores pueden pasar por todas partes, porque nunca descomponen nada.

En los lugares donde los humanos viven y habitan, millones y millares de entidades van, vienen, circulan, sin que se den cuenta. Así pues, si no ponéis el letrero: «Prohibido entrar», es decir, si no consagráis vuestra casa, las criaturas inferiores, si encuentran la puerta abierta, vendrán a robaros; y en ese momento no podréis lamentaros ante la justicia divina, pues os responderá: «¡Es vuestra culpa! Teníais que haber puesto un cierre o al menos un letrero.»

Mientras vuestro corazón, vuestra alma y vuestro espíritu permanezcan abiertos a los cuatros vientos sin estar consagrados y protegidos, sin estar rodeados por una barrera de luz, los espíritus tienen derecho a entrar para ensuciar, devastar e incluso llevarse todos vuestros tesoros. No podemos castigarles; es el propietario quien tiene que tomar precauciones. De la misma forma que en el pasado se protegían las ciudades y los castillos con la ayuda de los fosos llenos de agua, de murallas y de puentes levadizos, el discípulo debe levantar alrededor de sí mismo muros, murallas y fortificaciones. Para un discípulo o un Iniciado, la mejor protección contra todas las malas corrientes y los espíritus tenebrosos, es el aura. Cuanto más luminosa y amplia, cuanto más puros sean los colores, más seguro está el discípulo, pues el aura juega un papel de caparazón, de coraza que le protege de todas las malas corrientes. Pero ¿pensáis trabajar en vuestra aura?.. No, permanecéis expuestos a las idas y venidas de las entidades maléficas, y después os lamentáis de haber sido desvalijado s o de sentir os cansados, tristes y desgraciados.

Observad la naturaleza, todos desconfían: los pájaros, las fieras, los insectos levantan alrededor de ellos algo que les proteja para impedir que se les encuentre y que se les capture. ¿Por qué pues el hombre es tan ingenuo y confiado como para creer que ningún enemigo le amenaza y que será perdonado? Millones de entidades porfían noche y día para perder al género humano y se han jurado aniquilarlo por completo. ¡Menos mal que la humanidad tiene protectores! Gracias a ellos todavía no está aniquilada, pero ¡cuántos sufrimientos y tormentos!

La conclusión que tenemos que sacar, es que hay que trabajar el aura. ¿Cómo? Yendo por las mañanas a la salida del sol, observaréis que le rodea un aura formidable, llena de colores maravillosos, y diréis: «Yo también quiero rodearme de los más bellos colores». Cerrad los ojos e imaginaos que estáis rodeados del violeta, después del azul, del verde, del amarillo, del naranja, del rojo... O bien, comenzad por el rojo para llegar hasta el violeta, conservando algunos minutos cada color a vuestro alrededor. Os bañáis en esta luz, os imagináis que irradia y que se extiende muy lejos, y que todas las criaturas que se encuentran en esta atmósfera se benefician, que todos

los que os visitan o entran en contacto con vosotros de una manera o de otra podrán recibir los beneficios.

De esta forma el aura os sirve de protección y al mismo tiempo es una bendición para los otros, porque gracias a ella podéis ayudarles. Aún os diré que cuando alguien que amáis está enfermo, es desgraciado o está desalentado, si verdaderamente queréis ayudarle, enviad le colores. Sí, ¡cuántos ejercicios se pueden hacer con el aura y los colores!

VII.- LOS ESPÍRITUS DE LAS SIETE LUCES

Está escrito en el Libro del Zohar :

*« Siete luces hay en el Altísimo,
y allí habita el Anciano de los Ancianos, el Misterioso de los Misteriosos,
el Escondido de los Escondidos: Aïn Soph».*

Estas siete luces, son las luces roja, naranja, amarilla, verde, azul, índigo y violeta. Son los siete Espíritus que están ante el Trono de Dios. Los colores que produce la luz descompuesta por el prisma tienen, pues, un valor simbólico.

Cuando se mira la luz del sol a través de un prisma, se descubre una riqueza y un esplendor inauditos. ¿Qué ocurre para que la luz que es una, atraviese el prisma, que es 3, y se conviertan en 7? Sí, 1, 3 y 7... Este fenómeno me preocupó enormemente en mi juventud y disfruté mucho viendo que la luz del sol contenía tanta riqueza, belleza y pureza. Es ahí donde vi que el ser humano, como el prisma, es una trinidad. Para que la luz del sol pueda descomponerse perfectamente en siete colores, hace falta que los tres lados de la sección del prisma sean transparentes y también iguales. De la misma forma, es preciso que el ser humano haya desarrollado armoniosamente el triángulo que forman su intelecto, su corazón y su voluntad, para que la luz que viene de Dios, la luz del sol, pueda pasar a través de él y manifestarse con el esplendor de los siete colores.

Sólo los discípulos y los Iniciados que han trabajado para desarrollar su inteligencia, que han ejercitado su corazón para sentir y amar correctamente, y que se han hecho fuertes porque han luchado y han tenido la voluntad de vencer lo que es negativo, llegan a descomponer la luz en siete colores, y su aura aumenta en grandeza, en belleza y en pureza. Los que no han desarrollado correctamente este triángulo del intelecto, del corazón y de la voluntad, sólo tienen en su aura dos o tres colores; los otros están ausentes. Y si, por desgracia, deforman el triángulo y su intelecto se vuelve maligno, astuto o agresivo, su corazón se llena de odio, de maldad, de crueldad, de deseo de venganza y de sensualidad, y su voluntad se pone al servicio de la destrucción y de la demolición, entonces no solamente el aura no tiene colores tornasolados y vivos, sino que está cargada de horrores y de monstruosidades.

En la Ciencia iniciática se llama a la luz roja el Espíritu de la Vida. Por las vibraciones que produce, el color rojo une a los humanos al Espíritu de la Vida; gracias a él se animan, su vitalidad aumenta. Pero el rojo tiene millares de matices: el amor, la sensualidad, el dinamismo, la embriaguez, la cólera, etc...

La luz naranja es el Espíritu de la Santidad, el segundo Espíritu. A través del color naranja nos unimos a la santidad. Pero este color tiene también muchos matices: el individualismo, la arrogancia, e incluso el orgullo; otro matiz mejora la salud, otro aporta la fe y la reafirma. Pero ante todo el naranja es el color de la santidad y de la salud.

La luz amarilla oro es el Espíritu de la Sabiduría. Con sus vibraciones empuja a las criaturas a leer, a reflexionar, a meditar, a buscar la sabiduría y a mostrarse razonables y prudentes.

La luz verde es el Espíritu de la Eternidad y de la Evolución. El verde es el color del crecimiento y del desarrollo, pero también de la riqueza. Está unido a la esperanza y le da al hombre la posibilidad de evolucionar.

La luz azul es el Espíritu de la Verdad. Está unida a la religión, a la paz y a la música. El azul desarrolla el sentido musical, calma el sistema nervioso, cura los pulmones y también actúa favorablemente sobre los ojos, que son el símbolo de la verdad.

La luz índigo es el Espíritu de la Fuerza, el Espíritu de la Realeza. Tiene casi las mismas propiedades que el azul.

La luz violeta es el Espíritu del Poder divino y del amor espiritual, es el Espíritu de Sacrificio. El violeta es un color muy poderoso que protege al hombre. Es también un color muy místico, muy sutil que le ayuda a desdoblarse para visitar los otros mundos y le permite comprender el amor de Dios. No es en absoluto favorable para la vegetación.

Cuando tenía quince o dieciséis años, trabajaba con los colores y no solamente los imaginaba y meditaba sobre ellos, sino que pintaba los cristales de la ventana de mi habitación para estudiar sus efectos. Empecé por el rojo, después el naranja, etc. Meditaba en esa habitación bañada por la luz coloreada que atravesaba los cristales, y durante algunos días observaba la forma en que ese color actuaba sobre mí, después lo lavaba todo y pintaba otro color. En lo que respecta a mis padres y a mis vecinos ¡inútil decirlos por quién me tomaban! Pensaban que me había vuelto loco, pero yo continuaba imperturbable estudiando los colores. Con el violeta me iba al otro mundo. Invitaba a mis amigos para que comprobaran el efecto que este color producía en ellos: ¡se adormecían, y las flores se marchitaban!... El violeta es un color que amo mucho.

Cuando el rojo del aura no es ni puro ni limpio, se debe a que el hombre se deja llevar por la cólera, la embriaguez o la sensualidad; para cada uno de estos vicios el matiz del rojo es diferente y los clarividentes pueden verlos. Por otra parte el rojo ha estado siempre unido a la sangre y a la guerra. Es un bello color pero su matiz tiene que ser tan puro que, mezclado con el blanco, dé un rosa luminoso.

El rosa expresa también un matiz del amor: el blanco aporta al rojo la pureza y la armonía, algo que es calmo, sin violencia ni egoísmo; de esta forma el amor se asienta, se convierte en ternura. Por eso el rosa es un símbolo de ternura y de delicadeza. Aconsejo al que tiene demasiada vitalidad y sensualidad unirse al color blanco o encontrar seres que tengan mucho blanco, es decir que sean puros y honestos; al menos habrá una mezcla y el rojo se volverá rosa. De esta forma ya no se verá importunado y atormentado por la fuerza del rojo que está en él. El rosa también actúa benéficamente sobre la inteligencia. Se dice: «Ver la vida de color de rosa», es decir ser optimista. El que ve la vida de color de rosa no tiene el espíritu trabado con preocupaciones o pensamientos sombríos y tristes, ve la existencia desde un punto de vista agradable y dichoso.

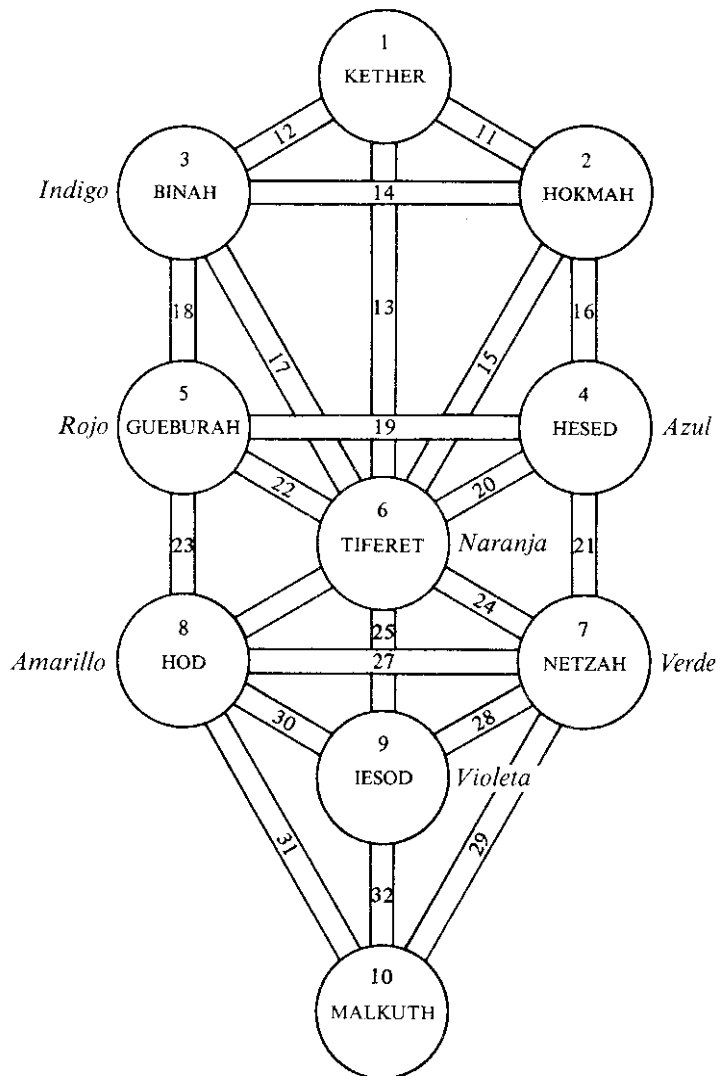
Se puede decir lo mismo de los otros colores. Hay algunos azules que revelan al hombre que ha perdido la fe, o que ya no se encuentra en la verdad ni está en paz. Si el amarillo es impuro o apagado, muestra que no es razonable ni capaz de profundizar ni comprender; no se puede tener confianza en sus facultades intelectuales. Pero no puedo hoy detenerme en este tema, pues tengo otras cosas que decirlos. Recordad solamente que los siete Espíritus que están ante el Eterno son el Espíritu de la Vida, el rojo; El Espíritu de la Santidad, el naranja; el Espíritu de la Sabiduría, el amarillo; el Espíritu de la Eternidad, el verde; el Espíritu de la Verdad, el azul; el Espíritu de la Fuerza, el índigo y el Espíritu de Sacrificio, el violeta.

Si queréis producir un color, podéis obtenerlo siempre a partir de otros dos: el violeta y el naranja dan el rojo; el rojo y el amarillo dan el naranja; el naranja y el verde dan el amarillo, etc... Cada color es el hijo de otros dos que son como su padre y su madre; pero si no sabéis cuáles mezclar, no obtendréis un buen resultado. ¿Por qué? Porque entre los colores hay tantas oposiciones como afinidades, y estas oposiciones y afinidades las encontramos también entre los planetas que corresponden a estos colores.

El color rojo corresponde a Marte. Marte es fogoso, violento, destructivo; es el principio masculino por excelencia, pero en un terreno determinado, porque el Sol (aunque el Sol no es un

planeta) y Júpiter, tienen también un carácter masculino, pero en un terreno diferente. El color verde corresponde a Venus. Las personas en las que predomina el rojo, se sienten atraídas por aquellas en las que predomina el verde, pues se dan valor mutuamente, lo cual es maravilloso; pero si se unen y se fusionan, darán nacimiento a un monstruo. Que paseen juntas, que se hablen, que se miren, que se exalten, pero que no se fusionen, pues el verde y el rojo mezclados producen un color sucio. Lo mismo ocurre con el naranja y el azul: su mezcla es espantosa, pero situados uno al lado del otro son más expresivos, se exaltan. Al color azul le corresponde el planeta Júpiter y al naranja el Sol; estos planetas son positivos; por ello no deben casarse.

Consideremos ahora el amarillo y el violeta, que tampoco se deben mezclar. El amarillo corresponde a Mercurio y según la Cábala, el violeta corresponde a la Luna, aunque muy a menudo se le atribuye a la Luna el color blanco. Si se le deja a la Luna el color blanco, el color violeta se le dará a Neptuno, pues Neptuno es idéntico a la Luna, pero en una escala superior. De la misma forma, también en una escala superior, Urano es idéntico a Mercurio.



Árbol sefirótico

Comprenderéis mejor su relación si los situáis en el Árbol sefirótico.

Mercurio (Hod) está opuesto a Urano (Hochmah) y en otro eje,

Venus (Netzah) está opuesto a Saturno (Binah). En el pilar central,

la Luna (Iesod) está opuesta a Neptuno (Kether). En el plano horizontal Marte (Gueburah), en el pilar del rigor, se opone a Júpiter

(Hesed), en el pilar de la misericordia. Os explicaré un día todas esas relaciones y veréis como Venus y Saturno representan casi la misma realidad manifestada en regiones diferentes. Esto contradice quizá todo lo que habéis aprendido hasta el momento, pero veréis, por ejemplo, como en la línea del amor, el amor de Venus se convierte en la inteligencia de Saturno, y como en la otra línea, la inteligencia concreta de Mercurio, el razonamiento, la palabra y los negocios, se convierten en la elevada sabiduría de Urano.

Sobre estas correspondencias no se encuentran muchas explicaciones en los libros, pero gracias al Cielo muchas de ellas me han sido reveladas. Los sefirot no han sido colocados al azar; existe entre ellos relaciones geométricas que son significativas... Pero para vosotros todo eso está lejano, y ni siquiera es

necesario por el momento que abordéis cuestiones filosóficas y abstractas: hoy, quedaos con estas pocas palabras sobre los colores para poder trabajar eficazmente en vuestra evolución. Trabajad cambiando cada día de color. Podéis comenzar por el rojo, que es el más cercano a la tierra, y seguir con el naranja, el amarillo, el verde... O al contrario comenzar por el violeta. Así descendéis o subís, como queráis.

El color rojo es el más cercano a la tierra, y por esta razón el suelo de nuestro comedor y la mayor parte de nuestros edificios están pintados de rojo, mientras que la parte superior está pintada de azul. El cielo es azul y la tierra es roja. En hebreo al primer hombre se le llama *Adán*, el lugar donde vivía *Edén*, la tierra *Adarnah* y al color rojo *Adorn*. El color rojo, la tierra, el hombre y el Edén son pues en hebreo palabras formadas de una misma raíz. Por eso en la Cábala se llama a Adán «el hombre rojo». Pero el viejo Adán debe morir y ceder el sitio al hombre nuevo, al Cristo, simbolizado por el color azul.

Transformar el rojo en azul era el trabajo de los alquimistas. Esto significa que todo lo que es grosero, violento y animal en el hombre, debe ser transformado y sublimado. El rojo y el azul son los dos polos opuestos y si queréis pasar del uno al otro, preguntad a los alquimistas y os responderán que hay que saber trabajar con el ácido y la base. Si sabéis trabajar con estos dos principios, masculino y femenino, podéis cambiar los colores, es decir hacer virar el azul al rojo, o el rojo al azul, poniendo algunas gotas de ácido o de base... La química aclara pues los preceptos de la religión, pero los religiosos no lo saben. Y los químicos tampoco; para ellos estos son fenómenos puramente materiales que no intentan interpretar. La ciencia se limita a constatar los hechos, no busca ni su razón de ser ni su significado. Pero a mí, ¡me gusta interpretároslo!...

Así pues el Adán rojo debe ceder el lugar a Cristo. Esta transformación es posible; es el fin de la religión. El viejo hombre Adán sometido a las pasiones (el rojo), debe ceder el sitio a Cristo, al hombre nuevo (el azul), que vive en la verdad, la paz y la armonía. ¡Dichosos los que comprenden! ¡Dichosos los que siguen la luz!

Terminaré citando esas palabras del Zohar que tanto amo. A menudo las pronuncio interiormente: «Siete luces hay en el Altísimo y allí habita el Anciano de los Ancianos, el Misterioso de los Misteriosos, el Escondido de los Escondidos: Aïn Soph»... ¡Es magnífico! Vosotros también podéis repetiros estas palabras, ¡y que se haga la luz! Que todos trabajen ahora sobre la luz, con la luz y para la luz.

VIII.- EL MODELO SOLAR

Lectura del pensamiento del día:

«El más alto ideal consiste en tomar al sol como modelo. Si queréis imitar a un sabio, a un filósofo o incluso a un héroe, a un santo, o a un Iniciado, sin duda recibiréis algunas partículas de sus virtudes, pero nunca en tal cantidad ni con una cualidad tan pura como cuando vuestro modelo es el sol.

«La imagen de la perfección es el sol, y si lo tomáis como modelo, si como él sólo pensáis en calentar y vivificar a las criaturas, entonces os transformaréis verdaderamente. Aunque no obtengáis nunca la luz, el calor y la vida del sol, sólo el deseo de adquiridos os proyectará a las regiones celestes, donde haréis verdaderas maravillas. Este deseo de iluminar, de calentar y de vivificar a las criaturas, os volverá más luminosos, más cálidos y más vivos.»

Esta es una página que va a escandalizar a unos y a extrañar a otros. ¡Tomar al sol por modelo! Todo el mundo me dirá: «Pero oiga, eso es inverosímil, el sol no es un ser inteligente ni consciente». Y se equivocan.

Por supuesto, el sol se presenta bajo la apariencia de una bola de fuego. Pero, y el ser humano ¿bajo qué apariencia se presenta? Un cuerpo que funciona como una máquina... y el universo también es una máquina. Han existido algunos cerebros geniales que han aparecido en el mundo, y se pretende que es obra del azar. Pero un azar tan inteligente, tan perspicaz, ¿no es raro?

Si una máquina funciona, no es por azar, hace falta que alguien la haya puesto en marcha. Nunca se ha visto que una máquina se ponga en marcha sin que una inteligencia haya provocado esta puesta en marcha.

Desde el momento que hay una materia, hace falta un espíritu que la anime. Por eso pensar que el sol no es más que una bola de fuego incandescente, es un error. El sol es una tierra magnífica, habitada por criaturas evolucionadísimas, que dirigen los planetas, y las vibraciones de estas criaturas son las que se transforman en el espacio en calor y en luz; en el propio sol reina una temperatura extremadamente moderada. Pero, ¿quién me creará? Los niños, quizá. No rebajo a ninguno de los grandes Maestros de la humanidad cuando digo que debemos tomar al sol por modelo, pues ellos también lo han hecho. Ya que han iluminado al mundo entero con su sabiduría, que han encendido los corazones con su amor, que han vivificado al mundo entero con su vida pura, esto prueba que han tomado al sol como modelo. Por otra parte si el sol no cesa de enviar su luz y su calor, si sostiene sin descanso la vida en el universo, es que él también tiene un modelo a quien imita: el Señor.

La imitación es una tendencia innata en el ser humano y en todas las criaturas. Pero ¿a quién se quiere imitar? A un actor o a una actriz de cine, a un campeón de fútbol, etc... No tenemos un criterio para elegir modelo y sobre todo no sabemos la importancia de la elección de modelo para la vida psíquica. Tenéis un amigo: cuando le tratáis, recibís partículas de él, os da algo de sus virtudes y de sus vicios, y es así como, aún sin saberlo, os modeláis en él. De la misma forma, «tratando» al sol, maravillándoos todos los días con su belleza, su limpieza, su poder, con toda la vida que surge de él, al cabo de algún tiempo os daréis cuenta que se producen transformaciones dentro de vosotros mismos, en vuestras células: algo en vosotros empieza a vibrar de otra manera y os volvéis cada vez más luminosos, más cálidos y más vivificantes.

Si queréis tener una influencia benéfica sobre los humanos, entrad todos los días en contacto con el sol para recibir de él algunas partículas que comunicaréis a los demás. El sol es el único que puede ponerlos en las mejores disposiciones con respecto a los humanos. Mientras no haya ese modelo de calor y de luz, nos dejaremos llevar por manifestaciones inferiores. Observad lo

que pasa en el mundo: no se ven más que personas que quieren aprovecharse de los demás, esclavizados y aplastados. ¡No es muy maravilloso todo esto! Mientras que en el sol, tenéis la imagen de un ser radiante, generoso y estáis influidos por él. Incluso admitiendo que no sea una criatura inteligente y razonable en el sentido en que lo entendemos habitualmente, el contacto con su luz y su calor os inspirará pensamientos más amplios, sentimientos más fraternales.

Por supuesto, siempre han existido seres excepcionales que podemos tomar como modelos por su pureza, su bondad, su inteligencia, su honestidad. Pero la perfección es otra cosa. La perfección supone el desarrollo ideal de estos tres factores que son el intelecto, el corazón y la voluntad, lo cual es muy raro. Existen personas extraordinariamente inteligentes e instruidas que no sienten ningún amor por los demás. Otros están llenos de amor, pero no tienen ninguna voluntad, y así sucesivamente. La vida no cesa de mostrarnos seres notables en ciertos terrenos, pero defectuosos en otros. Sin embargo el sol nos da la imagen ideal de la perfección: su luz nos enseña que conoce todo, su calor nos habla de su amor y la vida que esparce en el universo nos revela su inmenso poder.

Cuando queremos adquirir conocimientos, aprender un oficio: tonelero, por ejemplo, o barbero, vamos a casa del tonelero o del barbero para que nos enseñe el oficio. Pero si tenemos que aprender a convertirnos en seres inmortales, a tener la vida eterna, ¿es a los muertos a quienes preguntamos! ¡A los vivos, nadie les pregunta! Esta es la inteligencia de los humanos: en los libros de los muertos es donde van a aprender la vida, ¡no van junto al sol! Al sol, sólo lo utilizan para alumbrarse, para calentarse, y ahora sobre todo para explotar su energía, metida en botellas y vendida. Id a hablar a los físicos y a los ingenieros de que tienen que tomar al sol como modelo, ¡se reirán en vuestras narices! Pero vosotros, si me escucháis, si ponéis al sol por encima de todas vuestras preocupaciones, veréis como os ilumina, como os estimula, como os cura.

Pero yo hablo, y hablo, y sé que muchos continuarán teniendo como modelo a cualquier mequetrefe o a cualquier chica vulgar. «Pero entonces, diréis, ¿no debemos tener novia?» Por supuesto que sí, pero en vuestro amor tomad al sol como modelo. Id junto al sol, colmaos de luz y abrazad después a vuestra novia, veréis qué diferencia... En realidad sería preferible no abrazada, pero en fin, si lo deseáis, al menos hacedlo después de haberos colmado de luz, de calor y de pureza.

En cuanto a mí, nunca os he aconsejado que me toméis por modelo. Siempre os he dicho que yo no era más que un poste indicador: miro hacia el sol, y en dirección al sol tiendo mi dedo para que os dirijáis hacia él. Pues es el sol el que os lo dará todo; yo, ¿qué puedo daros? Puedo solamente llevaros hacia él, que es la imagen de la perfección.

La mayoría de los humanos se imaginan que no existe nada más grande ni más glorioso que su trabajo o su oficio. Yo encuentro que nada se puede comparar con este oficio aún desconocido que nadie sospecha : convertirse en el sol que ilumina a todas las criaturas, las calienta y las vivifica. Tomar al sol por modelo y, como él, iluminar, calentar y vivificar. Por supuesto, no es tan fácil ser como el sol; dentro de varias centenas de años aún no habréis llegado. Pero al menos este ideal de llegar a ser como él producirá en vosotros tales transformaciones que interiormente, esto es cierto, os convertiréis en un reflejo del sol, y en vuestra presencia los hombres empezarán a sentirse más luminosos, más cálidos y más vivos.

Existen millares de actividades en el mundo, sobre todo desde hace unos años en que han aparecido tantos oficios nuevos, pero ninguna puede compararse al trabajo del que quiere llegar a ser como el sol. Ninguna otra puede verdaderamente satisfacerlo. Mirad, cualquier cosa que hagáis limita vuestra actividad. Podéis ser químico, astrónomo, músico, pintor, abogado, notario... evidentemente una parte de vosotros mismos se siente colmada con vuestra actividad,

pero no es ni con vuestra ciencia ni con vuestro arte como llegaréis a resolver los otros problemas de la vida (vuestra mujer, vuestros hijos, vuestros amigos, o incluso vuestra salud).

Todos los que se aproximan conscientemente al sol con el deseo de ser como él, acaban por aportar realmente la vida, el calor y la luz del sol. Y los demás, que lo sienten, se aproximan a ellos. ¿Cómo no ir hacia un ser junto al cual se sienten vivificados, calentados e iluminados? Sin embargo evitamos a quien es frío, apagado, sin vida, y si nos vemos obligados a tratarlo nos cerramos ante él. Mirad las flores: se cierran durante la noche, pero durante el día se abren al sol. Las flores nos hablan, nos enseñan muchas cosas, nos dicen: no podéis abrir a los seres más que por el calor y la luz. Pero ¿quién las comprende?

Tomad al sol como modelo. A lo largo de la jornada, cuando no estéis delante del sol, vigilaos, analizaos y preguntaos: «¿Irradio y propago la luz? ¿Caliento y dilato el corazón de las criaturas? ¿Les aporto la vida?» Sí, en cada momento del día preguntaos esto, pues es la clave de vuestra perfección.

II

La lección más sublime que nos da el sol, es su amor por todas las criaturas. No se preocupa de saber a quien envía sus rayos. Que los humanos sean inteligentes o estudiosos, buenos o criminales, que merezcan o no merezcan sus beneficios no importa, a todos los ilumina sin distinción. ¡Es en esto en lo que el sol es único! Fijaos en los seres más extraordinarios que hayan existido sobre la tierra: todos han tenido prejuicios, preferencias e incluso animosidades. Aún los más grandes profetas, incluso los más grandes Maestros no pudieron liberarse completamente de la necesidad de aplicar la ley de justicia y de castigar a los malvados.

¿Por qué el sol da luz, calor y vida a todas las criaturas sin discriminación, tanto a los criminales como a los santos y a los justos? ¿Está ciego, no ve los crímenes, no es más que algo mecánico, sin inteligencia ni discernimiento, al que poco importan la bondad o la maldad, la rectitud o la falta de honradez? No, el sol ve las faltas de los humanos mucho mejor que cualquiera, pero para él éstas son cosas minúsculas en comparación a la inmensidad de su luz y de su calor. Todo lo que nos parece monstruoso y terrible, para él son pequeños errores, pequeñas destrucciones y pequeñas suciedades... Ellos suprime, los repara, los lava y continúa ayudando a los humanos, hasta que alcancen la perfección, con una paciencia ilimitada.

Os preguntaráis: «Pero a qué se debe esta generosidad? ¿Qué filosofía puede tener el sol en su cabeza?» Ahora lo vais a ver. El sol tiene un concepto del género humano: ve la eternidad y la inmortalidad del alma humana, sabe muy bien que la humanidad es un fruto todavía verde, áspero, duro y ácido. Entonces él, que sabe madurar los frutos de los árboles, que los llena poco a poco de azúcar y de perfume hasta que los hace deleitosos, quiere también madurar a la humanidad. Pero como comprende que para la humanidad hace falta más tiempo que para los árboles y los frutos, ha decidido tener paciencia.

Sabe que calentando a un criminal, éste acabará un día por estar tan fatigado y descorazonado de sí mismo, que se abandonará a la influencia benéfica del sol... y llegará a ser un ser adorable, delicado, un poeta, un músico, un bienhechor de la humanidad.

El sol no abandona a los hombres porque sabe que si los abandona, su evolución fracasará; ya no habrán frutos maduros, no habrán santos ni profetas, no habrán divinidades sobre la tierra. El sol continúa iluminando y calentando a los hombres porque conoce las causas y las consecuencias, el comienzo y el fin, conoce el camino de la evolución... De otra forma, se pondría furioso, se cerraría, se obscurecería ¡y sería el fin del ser humano! El sol brilla siempre, lo cual prueba que conoce la meta de su trabajo, la finalidad de la creación, y continúa ayudando a los humanos hasta su madurez.

Para el sol somos como granos plantados en alguna parte del suelo espiritual: bajo sus rayos podemos dar flores coloreadas y con perfumes tan extraordinarios que incluso las divinidades se quedan extasiadas. ¿Qué es una flor? No sabe ni cantar, ni danzar, ni tocar el violín, y sin embargo los cantores, los bailarines y los músicos se maravillan ante ella... Si nosotros sabemos ser como flores, ¿por qué las divinidades que están tan por encima de nosotros no vendrán a extasiarse? Dirán: «¡Oh! ¡qué bellas flores!» y se ocuparán de nosotros para hacernos todavía más puros, más luminosos y más perfumados.

Esto es lo que sabe el sol, y por eso es el único que no cesa nunca de hacer el bien a los humanos. Los demás se cansan, cierran la tienda y desaparecen de la circulación: ¡enterrados! Pero el sol siempre está ahí, triunfante, resplandeciente. El dice: «Venid, bebed, tomad... ¿Habéis hecho tonterías?.. No os quiero mal. Los humanos son egoístas, malvados, vengativos, y si os

cogen no respondo de vosotros. Pero yo no os haré ningún daño, venid, exponeos a mis rayos... ¡No me cansaré de daros!» Así pues, si se tomara al sol como ideal, como modelo, seríamos mejores. Junto a él se encuentra el valor para olvidar todas las dificultades, todas las decepciones que se producen debido a los humanos. Pensando como el sol, nos convertimos en una divinidad, nunca perdemos la paciencia. Todos los demás capitulan y al cabo de algún tiempo os dicen: «¡Marchaos! ¡No quiero veros más! He hecho todo lo que he podido por vosotros, pero ahora estoy cansado. Iros.» Pero el sol, nunca se cansa... Comprenderéis ahora por qué os llevo hacia el sol, por qué él es el único que puede inspiraros sentimientos nobles y divinos.

Para conocer mejor la filosofía del sol, un día me cité con él. Sí, nos encontramos... en un bar, pedimos aperitivos y enseguida le dije: «Oh querido sol, hay algo que quisiera preguntarte, pues no está todavía muy claro en mi corazón. ¿Por qué eres tan luminoso? - Porque ardo de amor, dijo, y el amor hace que brille la luz. Pero explícame, ¿cómo haces para seguir todavía amando y alumbrando a los humanos, cuando ves mejor que nadie que son malvados? - Oh, hace mucho tiempo que decidí no ocuparme de como son. Me ocupo solamente de mí y como me gusta difundir el calor de mi amor, continúo y soy yo quien disfruta. Ahora bien, que los humanos me aprecien o no, me da igual, y te aconsejo que hagas lo mismo, pues si tienes en cuenta lo que son los humanos, nunca podrás estar a su lado.»

Así pues decidí imitar al sol y por ello he podido continuar mi trabajo. Si creéis que hay mucha gente que me aprecia y que están aquí para ayudarme, os equivocáis. Hay muchos a los que molesto y a los que les gustaría desembarazarse de mí. Y os aseguro que viendo lo ruines, malvados, interesados e ingratos que son, me dan ganas de no ocuparme más de los humanos. Pero afortunadamente el sol está aquí y me susurra: «Acuérdate de nuestra conversación en el bar. - ¡Ah sí, sí!» digo; y continúo... Vosotros también, ¿por qué no imitáis al sol?

Es verdad que la ciencia ya ha calculado la fecha de su muerte y según algunos sabios americanos, ¡está muy achacoso! En realidad el sol posee el secreto de prolongar su vida tanto como quiera, hasta lograr la perfección de toda su familia. Sí, porque tiene una familia que educar, que alimentar: todos los planetas que están a su alrededor son sus hijos, y no puede morir antes de que sus hijos hayan alcanzado la perfección, es decir antes de que lleguen a ser soles como él.

IX.- LA VERDADERA RELIGIÓN SOLAR

El sol ilumina, calienta y vivifica. No hemos agotado todavía el contenido de estas tres nociones de luz, de calor y de vida, y vais a ver ahora cómo podemos ayudarnos a comprender uno de los puntos más oscuros de la religión cristiana: la Santísima Trinidad.

Los teólogos presentan la Santísima Trinidad como un misterio, el misterio de un solo Dios en tres personas. ¿Qué pueden hacer los humanos con un misterio? Lo dejan donde está, no se preocupan de él. Bien, nosotros hacemos lo contrario, a la Santísima Trinidad nos la encontramos, la saludamos, la tratamos y nos gozamos todos los días de verla. «¡Qué blasfemia!» dirá la Iglesia. Quizá. Pero, si se presenta a los humanos una Divinidad tan abstracta y lejana, no tienen que extrañarse de que no la sientan, de que no estén habitados por ella y que se entreguen a los actos más inmorales y más insensatos.

En la nueva religión que se acerca y que va a invadir el mundo, las realidades espirituales serán tan próximas y accesibles que todos los días el hombre podrá vivirlas, sentir las, unirse a ellas y comunicar con ellas; todos los días se nutrirá con un alimento tan extraordinariamente luminoso que se verá obligado a transformarse. Pues solamente absorbiendo en todos los terrenos un alimento de mejor calidad, el hombre podrá transformarse verdaderamente.

Bajo nombres diferentes, la Trinidad aparece en la mayoría de las religiones del mundo. En el origen hay siempre un ser que engendra a otro ser, el cual engendra a un tercero. En el cristianismo se les llama Padre, Hijo y Espíritu Santo. El Padre es la vida que inunda al universo, la fuente de donde nacen todas las creaciones. El Hijo se puede decir que es la luz, pues el mismo Cristo dijo: «Yo soy la luz del mundo», pero es también el amor, es decir el calor. Y el Espíritu Santo es tanto el amor como la luz que ilumina las inteligencias, da la facultad de profetizar, de hablar en varias lenguas y de penetrar en los misterios. En realidad importa poco cuál es el amor y cuál la sabiduría; el Hijo y el Espíritu Santo son uno, se transforman el uno en el otro, tienen los mismos poderes.

La cuestión esencial está en comprender que estos tres principios, Padre, Hijo y Espíritu Santo se encuentran en la vida, en la luz y en el calor del sol. El Padre, es la vida; el Hijo, es el amor o la luz; el Espíritu Santo, es la luz o el amor. Diréis: «Pero ¿tenemos el derecho de encontrar estas elevadas entidades en la luz, el calor y la vida del sol?» Por supuesto, y esta correspondencia tiene una ventaja práctica formidable, pues nos permite contemplar todas las mañanas a esta Santa Trinidad, comunicar con ella, unimos a ella para recibir toda las bendiciones. Es una promesa de resurrección y de vida.

¿Por qué los cristianos no quieren comprender las más grandes verdades que están ahí, visibles ante sus ojos? Todos comprenderán, menos ellos. Dirán siempre: «¡Oh! el sol... Aunque el sol no exista es suficiente celebrar misa para salvarse.» No se han dado cuenta de que, sin el sol, nadie estaría vivo para decir misa, y que ellos también estarían muertos, petrificados y helados desde hace mucho tiempo. En este punto, únicamente los cristianos están ciegos y se limitan. Diréis: «Pero ¿qué tiene contra los cristianos?» Nada, nada, yo también soy cristiano. Si les sacudo de vez en cuando, es solamente para invitarles a abrir los ojos y a reflexionar.

Cuando el mundo de arriba creó el mundo de abajo, dejó por todas partes signos, huellas y reflejos para que los humanos pudieran encontrarlos. Uno de esos reflejos es el sol. A través de él, esta Trinidad que no quiere permanecer escondida e inaccesible, se manifiesta para dejar a los humanos la posibilidad de encontrarla. Comprendámoslo bien: en realidad, la Santísima Trinidad no está ni en la luz, ni en el calor, ni en la vida del sol, está infinitamente más allá; pero a través de esta luz, este calor y esta vida, podemos alcanzarla, comunicarnos con ella, amarla, llamarla y

hacerla penetrar en nosotros.

Y como estamos creados a imagen de Dios, cada uno de nosotros debe ser también una trinidad. Por otra parte con nuestro intelecto, nuestro corazón y nuestra voluntad, somos una trinidad que piensa, que siente y que actúa. Evidentemente, esta pequeña trinidad está un poco apagada, coagulada, helada, pero se reanima, se ilumina y se calienta junto al sol. Esta es otra ventaja que tenemos si acudimos a la salida del sol: poco a poco nuestra pequeña trinidad se vuelve luminosa, cálida, vivificante como el sol, se acerca a esta gran Trinidad del Padre, Hijo y Espíritu Santo.

Cristo dijo: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto». Pero si nunca hemos visto al Padre, ¿dónde tomaremos el modelo de su perfección? Tenemos un modelo: el sol. Dios está muy alto, muy lejano, pero en su misericordia ha querido dar a los humanos la posibilidad de encontrarle, y les ha dejado como un hilo de Ariana. Si toman ese hilo, pasando por el sol, irán al Padre...

Todos los días contemplamos una imagen sublime de la Santísima Trinidad, y si sabemos trabajar con ese modelo, nuestra pequeña trinidad puede también llegar a ser santa. Todos repiten las palabras de Cristo: «Sed perfectos como vuestro Padre Celestial es perfecto», pero mientras no se sepa cómo se manifiesta, cuáles son sus vibraciones, sus colores y su poder, todo esto es teórico. El sol nos explica que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno, inseparables. En el espíritu de muchos cristianos están separados, pero en realidad son uno, los tres son uno. En la Cábala, 1 es 3 y 3 es 1.

En el hombre, de la misma manera, el intelecto, el corazón y la voluntad nunca están separados: están soldados, marchan y galopan juntos. El intelecto hace proyectos y el corazón le da valor, le anima: «¡Ve, ve, estoy contigo!» Y la voluntad galopa para realizar estos proyectos. Se les ve a los tres que corren, que corren... Algunas veces ocurre al revés, es la voluntad la que arrastra a los otros dos y el hombre se devana los sesos porque el intelecto se ha quedado muy retrasado. Por mucho que grite: «¡Esperadme, estáis en un error!» la voluntad replica: «Cállate, no sabes nada». Sí, ¡los tres mantienen conversaciones formidables... Pero esta trinidad no es todavía santa.

Para que nuestra trinidad llegue a ser santa, debemos tomar al sol como modelo y dirigimos a él para ser luminosos, cálidos y vivificantes como él. Por supuesto, es imposible llegar, pero este trabajo está en la línea de la Iniciación. En lugar de quedarse estancado en conceptos viejos e inútiles, es preferible ir a contemplar el sol y tener el ideal de parecersele.

Existe, os lo he dicho, una ley de mimetismo según la cual toda criatura se parece, a la larga, al medio en el que se encuentra. Si el hombre mira a menudo y por largo tiempo al sol, si lo comprende, si lo ama, si se deja penetrar por sus rayos, llega a ser poco a poco parecido a él. Si sabe condensar sus rayos, acumulados, reservarlos en su plexo solar, podrá después extraerlos según sus necesidades y mostrarse infatigable. Es toda una ciencia, un aprendizaje, y los que se lo han tomado en serio reciben bendiciones todos los días.

¿Cómo no darse cuenta que es en el sol donde se manifiestan mejor la generosidad, la inmensidad y la eternidad de Dios? Desde ahora es ahí donde hay que buscar a la Santísima Trinidad. Todos los pedagogos saben que hay que empezar por presentar a los niños el lado concreto de las cosas, lo que se toca, lo que se ve, para llevarlos a continuación a un terreno más abstracto. Se hubiera debido utilizar el mismo método para la religión y, en lugar de presentar a la Divinidad, a la Santísima Trinidad como una abstracción que nadie, o casi nadie comprende, empezar por el lado concreto, es decir por el sol. Es mejor ir antes al sol para calentarse, iluminarse, vivificarse, dar las gracias a Dios y a continuación, si se tienen capacidades mentales suficientes, se podrá ir a buscar más allá, el Espíritu Cósmico, el Absoluto.

Diréis: «Pero en la iglesia, en la hostia, ¿no se puede encontrar a Dios?» Sí, por supuesto, se puede encontrar a Dios en la iglesia, pero ¿cuál es la iglesia o el templo que puede compararse a la naturaleza, y cuál es la hostia que puede compararse al sol? Podéis comer vagones de hostias y ser tan malvados, envidiosos, sensuales, estúpidos y enfermizos como antes. Sin embargo si vais hacia esta hostia inmensa que es el sol y si os comunicáis todos los días con ella, os veréis obligados a transformaros. Porque en ninguna otra parte Dios se manifiesta en todo su poder, su luz y su calor, como en el sol.

Por otra parte ¿quién puede negar que las hostias se fabrican con materiales suministrados por el sol? Y al sol ni siquiera se le dan las gracias. Tomamos todo lo que produce, el trigo, la uva, y nos olvidamos de darle las gracias. Ni siquiera nos damos cuenta que sin él, no podría hacer una sola hostia ni una sola gota de vino. Entonces, ¿por qué se ha extraviado a los hombres? ¿Por qué se ha querido esconder la importancia del sol y hacerles creer que encontrarán a Dios a través de las hostias y del vino? Pueden encontrarlo, pero a condición de que se les explique al menos el sentido de estos símbolos.

El origen de la comunión, lo sabéis, es la última cena que Jesús celebró con sus discípulos, donde tomó el pan y el vino diciendo: «Comed, porque ésta es mi carne. Bebed, porque ésta es mi sangre... El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá la vida eterna». En realidad el pan y el vino son dos símbolos del más grande significado, que eran conocidos mucho antes de la llegada de Jesús.

Cuando leemos la Biblia, vemos que Melquisedec fue el primero que instituyó la comunión dando el pan y el vino a Abraham. Melquisedec era el rey de justicia (en hebreo *melek* significa rey y *tsedek* justicia), habitaba en el reino de Salem (nombre que tiene el mismo origen que la palabra *Shalom*: la paz), por lo que se le llama Melquisedec, rey de justicia y de paz. Le llevó el pan y el vino a Abraham para recompensarle por su victoria sobre los siete siniestros reyes de Edom, que representan los siete pecados capitales. Pues no hay que creer que Melquisedec, el más grande de los Iniciados, se desplazó para recompensar a Abraham por haber vencido en una batalla a unas centenas o a unos millares de enemigos. Abraham vivía en Ur de Caldea (Ur significa luz). Practicaba la magia, evocaba a los espíritus y para terminar su iniciación, fue a Egipto, aconsejado por los espíritus que le servían.

Melquisedec llevó a Abraham el pan y el vino; podemos pensar que no fue una gran recompensa, salvo si comprendemos su valor simbólico. El pan y el vino representan toda la Ciencia iniciática fundada en los principios cósmicos: el principio masculino (simbolizado por el pan) y el principio femenino (simbolizado por el vino), que trabajan juntos en todas las regiones del universo.

El pan y el vino son dos símbolos solares. No se trata ni del pan físico ni del vino físico, sino de las dos propiedades del sol: su calor y su luz que crean la vida. Ahora bien, su calor es el amor y su luz es la sabiduría. Así pues Jesús quería decir: «Si coméis mi carne - la sabiduría - y si bebéis mi sangre - el amor - tendréis la vida eterna. »

Después de dos mil años, los cristianos han tragado vagones de hostias y bebido toneladas de vino sin obtener nunca la vida eterna, y aún sin producir en ellos la menor mejora. Pues el único medio de obtener la vida eterna consiste en comer la luz y el calor de Cristo, que es el espíritu del sol.

II

Cuando Jesús decía: «Nadie puede ir al Padre más que a través mío,» era el Cristo quien hablaba por su boca. Quería decir: nadie puede ir al Padre más que a través mío, porque yo soy el espíritu de Cristo que se manifiesta a través del sol. Diréis que es una interpretación arbitraria. No, puedo enseñaros como se encuentra el lugar que ocupan todas las verdades; están presentadas de forma desarticulada, dispersa, pero el Iniciado debe unirlo y encontrar el lugar de cada una de ellas en el gran libro de la naturaleza viviente.

Ya os he enseñado que en la tierra, el sol, con la vida que nos da, con su luz, con su calor, es para nosotros la mejor imagen de la Santísima Trinidad. La vida que fluye a través del sol, es el Padre. En lo que concierne a la luz y al calor, podemos pensar que son indiferentemente el Hijo o el Espíritu Santo, pero desde el punto de vista iniciático, el Espíritu Santo representa más bien el calor, el amor, mientras que el Hijo, el Cristo, representa la luz, la sabiduría.

Así pues, esta luz que sale del sol y que produce tantas transformaciones en el universo, que distribuye tantos beneficios a todas las criaturas, esta luz de la que no se conoce todavía la naturaleza verdadera, es el Cristo, el espíritu del Cristo. La luz del sol es un espíritu vivo, y a través de esta luz el espíritu del Cristo está siempre ahí, presente, activo, obrando sin descanso. Si no, ¿cómo interpretar sus palabras: «Yo soy la luz del mundo»... o bien: «Mi Padre y yo somos uno»?.. Son uno en el sol, pues es en el sol don de la luz y la vida son uno. Dijo también: «Yo soy la resurrección y la vida.» ¿Quién resucita a los seres? ¿Quién da la vida? Es el Cristo, el espíritu de Cristo que vive en el sol.

Los cristianos siempre sitúan a Cristo no se sabe dónde, en Palestina, por ejemplo, porque Jesús vivió allí. Pero si verdaderamente es la resurrección y la vida, no es allí donde vive, sino en el sol. Por supuesto, está en todas partes del universo, pero para nosotros está sobre todo en el sol. Es por lo que si os habituáis a mirar al sol, por la mañana, pensando que es Cristo quien está ahí, delante de vosotros, si os unís a El, si Le amáis, todo vuestro ser se estremecerá, vibrará al unísono con esta luz cósmica condensada que se manifiesta a través de El.

Cristo es evidentemente una entidad mucho más vasta que el sol, es el hijo de Dios, la segunda persona de la Trinidad y no se manifiesta solamente en nuestro sol, pues en la inmensidad del cosmos existen innumerables soles, mucho más grandes y luminosos que el nuestro... Por eso cuando hablo del Cristo, no hablo de Jesús, sino del principio cósmico que no tiene ni comienzo ni fin. Jesús es un hombre que vivió en Palestina, hace dos mil años y que era tan puro, tan noble, tan evolucionado que a sus treinta años recibió el Espíritu Santo y al mismo tiempo el Espíritu de Cristo; por eso fue llamada Jesucristo. Pero el Cristo puede nacer en el corazón y en el alma de todo ser humano. Es él quien se manifestó a través de Orfeo, Moisés, Zoroastro, Buda... y de todos los grandes Iniciados de todos los países y de todas la épocas.

Existió un único Jesús, pero puede haber millares de Cristos. Jesús es único, fue la cabeza de la religión cristiana, como Buda es la cabeza de la religión budista o Mahoma la cabeza de la religión musulmana. Pero el Cristo es la cabeza de toda la humanidad e incluso de todo el universo; no es el jefe de una religión, sino de todas las religiones, es El quien las ha inspirado. Por eso los hombres deben terminar con el lado racial y sectario de las religiones. También el cristianismo es aún una religión sectaria. En el Antiguo Testamento, Dios era solamente el Dios de los Israelitas; sólo ellos debían vivir y tenían derecho a dominar y a masacrar a los demás pueblos. Más tarde, los cristianos utilizaron el Nuevo Testamento para hacer lo mismo, pensando que eran los elegidos, los amados y preferidos del Señor y que los demás eran impíos. Este es el más grande error de los cristianos. De la misma forma que el sol es para todos los hombres, el

Señor también es para todos sus hijos, de otra forma la conclusión que sacaríamos es que el sol supera a Dios en amor y generosidad.

¿Cómo hacer comprender a los humanos que es ridículo querer atraer a Dios hacia su secta? Observad también a dos países que entran en guerra: cada uno hace que los sacerdotes bendigan sus armas y sus soldados con gran solemnidad, suplicando al Señor que les dé la victoria y que aniquile a sus enemigos; para halagar a la Divinidad se sirven de cánticos, oraciones e incienso... ¡Qué mentalidad más lamentable! Nunca debemos tratar de comprar al Señor. Desde un punto de vista humano, todo el mundo pensará que es algo normal, que cada uno debe proteger sus intereses. Pero si nos elevamos hasta el Señor, constataremos que, al igual que el sol, el Señor es imparcial y deja a los humanos que se masacren, ya que eso les satisface.

Uno de los puntos esenciales de la filosofía solar, es que el sol nos conduce a la universalidad. Tenemos que dejar de querer que una raza, un pueblo, una religión o una ideología domine el mundo; es preciso que todos caminemos juntos hacia la religión universal que es del amor y la de la fraternidad.

Creedme, el Señor es como el sol: las razas, las religiones y las ideologías le dan igual. Que seamos amarillos, negros, rojos, judíos, católicos, protestantes o incluso ateos, poco le importa, todos son sus hijos y no tiene en cuenta más que sus cualidades y sus virtudes: el amor, la sabiduría, la honestidad, la generosidad...

Guardad siempre esta imagen del sol como el mejor representante de la Divinidad. ¿Por qué personas que encuentran normal ir a la iglesia o al templo a inclinarse, arrodillarse y rezar ante los iconos y las estatuas de los santos, encuentran anormal contemplar el sol? ¿Por qué imaginarse que se recibirá más luz y consuelo delante de la sobras de seres humanos que no siempre fueron puros y honestos, que delante del sol que ha salido de las manos de Dios resplandeciente y vivo? Id a la iglesia y al templo si queréis, yo también voy algunas veces, pero sabed que junto al sol aprenderéis a vivir verdaderamente la vida divina.